COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/sevillalamrtirco00fern

SEVILLA LA MARTIR

LUIS FERNANDEZ DE SEVILLA

SEVILLA LA MARTIR

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Cervantes de Madrid, la noche del 21 de noviembre de 1933

Primera edición 500 ejemplares

MADRID
1934

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción

Los comisionados y representantes de la Sociedad General de Autores de España *son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.*

Droits de representation, de traduction et de reproduction réserves pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Copyright Luis Fernández de Sevilla.

Imprenta EUROPA - Libertad, 20 - Teléfono 20399 - Madrid

DEDICATORIA:

A SEVILLA

Luis

725323

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ESPERANZA	Pepita Meliá
CARMELA	Srta. Alcoriza
SEÑA LORETO	Sra. Santoncha
SEÑA JACINTA	Sra Sampedro
PATRILLO	Srta. Albiñana
UNA VECINA	Sra. Fustes
DOS OBRERITAS	Sánchez y Noc
MANUEL	Sr. Cibrián
ESE	Sr. Arnet
SEÑOR PEPE	Sr. Lloréns
ISIDORO	Sr. Menéndez
JORGORIO	Sr. Fernández
LUISILLO	Sr. Guerrero
BROCHERO	Sr. Carrascal
UN PARROQUIANO	Sr. González
UN VENDEDOR DE HIGOS CHUMBOS	Sr. González
UN FAROLERO	Sr. Méndez
UN POLICIA	Sr. García
ATANASIO	Sr. Aragonés
UN SERENO	Sr. Cobena
OTRO	N. N.
OTRO	N. N.

Primer apunte: Fernando de la Torre; Segundo apunte: Ricardo Vico.

La acción en Sevilla.—Epoca actual.—Indicaciones del lado del actor

ACTO PRIMERO

Calle del barrio de la Macarena.—Ocupa casi todo el fondo la fachada de una gran casa de vecindad (corral de vecinos), cuya entrada en arco forma un pequeño túnel alumbrado en su mediación por el farolillo de un retablo que deja ver la penumbra del patio. Sobre el arco de la puerta, un letrero que dice: «Corral de los Panales». A la derecha, formando esquina hacia el fondo, una modesta tienda de comestibles. A la izquierda, segundo término, una barbería. Próximo al corral, un farol de gas con mechero Aüer.—Anochece. En la tienda de comestibles y en la barbería, cuyos interiores no se ven, han encendido las luces. Un FAROLERO se dirige a dar luz al farol, a tiempo que SEÑA LORETO cruza la escena en dirección al corral

LORETO. (*Deteniéndose a la entrada de la vivienda.*) Oye tú, sor de la noche, ¿cuándo le van a arreglá er mechero ar faró?

FAROLERO.—Eso, al Ayuntamiento.

LORETO.—Pue avísalo, que debe sé un orvío. Que ha variao el régimen y entoavía no le han cambiao la camisa.

(*Entra en el corral. El FAROLERO enciende y hace mutis. A la puerta*

de la tienda asoma LUISILLO con un pequeño envoltorio de ropa al brazo. Habla dando frente la interior.)

LUISILLO.—Lo dicho, mi amo. Y créame usté que lo siento.

MANUEL. (*Dentro.*)—También yo, buen moso.

LUISILLO.—Si hoy se pudiera trabajá de barde, yo trabajaba de esa conformidá con usté.

MANUEL. (*Asomando a la puerta.*)—Grasia, home.

(*MANUEL va a cumplir los cuarenta y cuatro. Es fuerte; de rostro enérgico y bondadoso a la vez. Está en mangas de camisa; usa pantalón claro, sujeto por un cinturón.*)

LUISILLO.—Y si valiera er consejo de un sirnificante como yo...

MANUEL.—Vale.

LUISILLO.—No se haga usté de mié con los marchante, señó Manué, que están abusando más de la cuenta, y a este paso no se sarva usté ni suprimiendo er dependiente.

MANUEL.—Pué que tengas rasón, Luisiyo.

LUISILLO.—Cuando le vengan con una lástima, conteste usté con un suspiro, que hoy no fía ni er gobierno.

MANUEL. (*Sonriendo.*)—Es verdá, home, es verdá.

LUISILLO.—Ea, pue...

MANUEL.—Si no te coloca pronto, date por aquí una vuertesita.

LUISILLO.—¿Me da usté la mano?

MANUEL.—Y un abraso, chavá. (*Lo hace.*)

LUISILLO. (*Alejándose un poco emocionado y volviendo la cara a cada paso hacia MANUEL, que le ve marchar desde la puerta.*)—No... no dé usté ar fiao. Tó er mundo tié hambre, pero uno... uno es también tó er mundo. Créame usté a mí.

(Se va. SEÑOR MANUEL entra en la tienda; SEÑOR ATANASIO sale del corral arrastrando una silla, a tiempo que, cruzándose con LUISILLO, llega JACINTA.)

ATANASIO.—¿Ha visto usté? Ya lo han jubilao.

JACINTA.—Bien hecho. Estamo en la era de la economía sosiá. Los dependientes y los criaos ya no se ven más que por aquí. ¿Usté ha leído la siclopedia?

ATANASIO.—No he tenío tiempo.

JACINTA.—Pue en Alemania y en otros paíse der día cuando arguien quiere un criao lo encarga a una fábrica y se lo hasen de jierro y maera.

ATANASIO.—¡Home, qué prártico pa el reúma!

JACINTA.—Hay que sabé historia. La servidumbre acaba con los ejirsio.

ATANASIO.—Sí, señora. Y con los habano, si er señorito no los guarda.

JACINTA.—No me entiende usté, señó Atanasio.

ATANASIO.—Pue lo siento, porque no sabe usté lo que yo envidio la curtura. Pero a mí no me dieron medio pa istruirme. Ahora que, pa encalá padere, no hase farta sabé geografía.

JACINTA.—Es que yo serví seis año en cá de don Hilario Zamora, ese que mantenía los juego florale, casi toa las primavera.

ATANASIO.—Lo he oído mentá.

JACINTA.—¡Y tenía una de libro! ¡Lo que yo leía en aqueya casa mientra limpiaba er despacho!

ATANASIO.—¡Lo susio que estaría er despacho en aqueya casa! ¿Y qué, se ha vendío hoy mucho?

JACINTA.—Unos sarsiyo de corá y a dita. Está Seviya que no se ve una perra ni retratá. ¡Qué situasión, señó Atanasio!

ATANASIO.—No, home; Seviya está lo mismo que siempre: no pasa ná.

PEPE. *(Por la barbería, con BROCHERO. Ambos*

muy acalorados.)—Ni pupila ni educasión de barbero.

BROCHERO.—De usté no la pueo aprendé.

PEPE.—Pue te largas, que yo, pa la parroquia que tengo, no nesesito monasiyo.

ATANASIO. (*A Jacinta.*)—Otro lisensiamiento.

BROCHERO.—¿Y usté e un hombre de idea libertaria?

PEPE.—Más que tú; yo afeito con la izquierda, pero de puertas pa dentro soy er maestro, que no te se orvíe.

BROCHERO.—Usté es un obispo disfrasao.

PEPE.—Si te pego una patá vas a andá de puntiya.

BROCHERO.—¿A mí? (*Haciendo mutis por donde quiera.*) ¡Ya tendrá usté notisias mía!

PEPE.—¡Embustero!

JACINTA.—No se surfure usté maestro.

PEPE.—¡Querérsela dá cormigo de avansao! ¡Cormigo, que le escrito a Stalín yamándole carca!

ATANASIO.—¿Por qué ha sío la bronca?

PEPE.—Que está inaguantable desde que ha fundao la «S. P. B.».

ATANASIO.—¿Y qué e eso?

PEPE.—Sosiedá de pistolero en bisicleta. ¡Pero a mí con rentoy!

(*Apaga la luz de la barbería, saca una silla a la puerta y se sienta.*)

VENDEDOR. (*De higos chumbos. Cruzando la escena de izquierda a derecha, al mismo tiempo que pregona.*) ¡Jigo! ¡Jigo chumbo! (*Encarándose con el señor Pepe.*) Blanquiyo y malagueño. Dose una gorda.

PEPE.—A mí, no. Yo soy enemigo de las espiniya.

VENDEDOR.—¡Y qué durse! En la viña hay má. (*Hace mutis.*)

ATANASIO.—Na; lo de anoche no fué más que un petardo.

JACINTA.—Pero arrancó una puerta y se yevó casi una esquina.

ATANASIO.—No tié importansia; unos guasone que se quisieron divertí.

PEPE. (*Aproximándose a los dos, indignado.*)—Es que aquí, ¡mardita sea!, no se toman con formalidá ni los explosivos. ¿Un petardito, pa qué? Tó lo que no sea una bomba como una tinaja, e un engaño.

JACINTA.—¿Le han dejao a debé mucho, señó Pepe?

PEPE.—Yo aspiro a afeitá de barde, y a comé de barde y a vestí de ídem.

ATANASIO.—Es un ideá.

PEPE.—Er cambio integrá del esfuerso humano. A eso voy. Er día que yo vea eso realisao...

ATANASIO.—¿Qué?

PEPE.—Quito la barbería y a descansá.

MANUEL. (*Que también ha apagado la luz y saca una silla a la puerta.*)—¿Y cuándo va a sé ese día?

PEPE.—Usté no tié derecho a saberlo, porque es patrono.

MANUEL.—Lo era hasta hase media hora, pero me he quedao en proletario. Hay que hasé economía.

PEPE.—No, como económico pué usté darle lersione a los americano.

MANUEL.—¿Yo? ¿Por qué?

PEPE.—Porque ha resuerto usté er poblema de vivi con un peso.

ATANASIO. (*Riendo.*)—¡Camará, señó Pepe, las tira usté con onda!

MANUEL.—Sino que a mí no me hasen meya. Yo soy montañé por herensia, no por mi gusto. Mi tío me dejó esta tienda con la condisión de que tenía que seguí er negosio, y lo seguiré lo que dure, que no será mucho.

JACINTA.—Bueno; que entoavía no he comío. ¿Gustan?

PEPE.—Si me convía usté, yo pongo er vino.

JACINTA.—Soy artemia, que disen ahora.

(*Ríe y entra en el corral.*)

ATANASIO.—¿Nos dará usté esta noche un poquito de guitarra, señó Pepe?

PEPE.—No estoy de humó. Hoy ha sío un día con malage en Seviya; ni un mar tiro siquiera. Y es que casi tó los pistoleros son unos vago.

MANUEL.—¡Camará! Es usté una mijiya esajerao.

PEPE.—Pue toavía disimulo la mitá de lo que pienso.

MANUEL.—Cuando se vive der público no se pué sé tan estremoso. Ca uno tié su idea.

PEPE.—Tó er que entra aquí, piensa como yo. En cuanto les doy er jabón y me oyen hablá, empiesan a desirme que sí con la cabesa.

ATANASIO.—¡Home, eso er más reberde.

PEPE.—Ayé entró un cura forastero, y cuando me oyó esponé mis ideale como ya le estaba desencañonando la nué...

ATANASIO.—Se quedó frío.

PEPE.—Se puso a sirbá la internasioná.

LORETO. (*Con CARMELA por el corral. Entre las dos traen una hamaca, una silla y un botijo.*)—A vé si esta noche se respira aquí un poquito mejó.

CARMELA.—La habitasión es un horno; da mieo acostarse.

PEPE.—Por las chinche, ¿verdá?

LORETO.—En mi casa no las hay; las ha matao la caló.

MANUEL.—¿Y el señó Emilio, se ha acostao ya?

CARMELA.—Ni ha venío a comé.

LORETO.—Er viejo pindongo tié que meté las narise en tó lo que pasa en Seviya. La noche que se acuesta sin habé visto dispará siquiera un cohete, no pué dormí de nervioso.

ATANASIO.—Que el hombre es alegre.

LORETO. (*Que ve aproximarse por la izquierda a Isidoro.*)—Niña, mira pa er suelo.

CARMELA.—¿Por qué, madre?

LORETO.—¡Mira pa er suelo o te pongo er pescueso como la cayá de un bastón!

ATANASIO. (*Viendo venir a Isidoro.*)—No sea usté asín. ¿Qué curpa tié la niña de que ese sinvergüensa se haya fijao en eya?

ISIDORO. (*Que se ha aproximado a la puerta del corral.*)—Buenas noches. ¿Pueden ustede desirme si ha venío mi madre? (*Es un mocito de diez y nueve años pinturerillo y con cara de fresco. Seña Loreto, Carmela y señor Atanasio, hacen como que no han oído la pregunta.*)—¿Eh? ¿Cómo? Por lo visto no me lo puen ustedes desí. (*Dando frente a la barbería.*) Diga usté, señó Pepe. ¿Ha venío mi madre? ((*Señor Pepe se pone a silbar y mira al cielo.*) No, si no me choca: ya tenía yo notisia de que tó er que no se lava la cara acaba por quedarse mudo.

LORETO. (*Que no se puede contener.*)—¡Tú!... (*Carmela, le tira de una manga y señá Loreto se domina, lanza un suspiro y se abanica.*)

ISIDORO.—Vaya, pué voy a sabé si ha venio.

MANUEL.—No; no ha venío.

ISIDORO. (*Deteniéndose.*)—¡Home. Uno que se lava la cara!

MANUEL. (*Levantándose y viniendo a primer término.*)—Si señó me lavo y no soy mudo, por eso te voy a desí unas palabrita.

ISIDORO. (*Aproximándose.*)—Venga de ahí.

MANUEL. (*Bajo a Isidoro.*)—No ha venío porque se habrá quedao velando en la costura como otras noche.

ISIDORO.—Ya me lo figuro.

MANUEL.—Porque como eya no quiere que a su niño le farte ná y como su niño se lastima de los riñone en cuanto que le hablan de trabajo, pue se está dejando la vista y la salú en la punta de una aguja.

ISIDORO.—Eso lo siento yo más que usté.

MANUEL.—¡Mentira! Tú no siente ná. Tú no tiene con qué sentí.

ISIDORO.—Señó Manué que yo no le aguanto a nadie que me yame embustero.

MANUEL.—Cuando se es de tu condisión, hay que aguantá muchas cosa.

ISIDORO.—¡A mí!

MANUEL.—Déjate de flamenquería, que, si vamos a eso, yo corto er jamón como er papé de fumá.

ISIDORO.—Ya sé que mi madre le está a usté agradesía y yo también se lo tengo que está, pero de eso a fartarme...

MANUEL.—Escucha. ¿Tú sabe por qué no te han contestao eso?

ISIDORO.—Porque no tien vergüensa.

MANUEL.—Al revé, porque la tienen. Porque tó er corrá sabe, y pronto lo sabrá tó er barrio, que anoche hisiste la hombra de levantarle la mano a tu madre.

ISIDORO. (*Confuso.*)—¿Yo?

MANUEL.—Sí. Esa, esa mano. ¿Ves como se esconde? Eya misma se acusa. Esa mano que ninguna persona desente debe vorvé a estrechá porque se ha deshonrao de la peó manera. Por eso no quieren hablá contigo. Que en este barrio como en tós, habrá gente más güena o más mala, quisá haya arguno capá de quemá una iglesia, pero de hasé lo que tú has echo, no.

ISIDORO.—Yo venía anoche un poco mareao.

MANUEL.—Er vino conose a los guardia. ¿No va a conosé a una madre?

MANUEL.—Bueno, ¿quiere usté oí un consejo?

MANUEL.—No. Son poco diesinueve año pa darme un consejo a mí. Soy yo quien te va a hasé una arvertencia. Si se repite lo de anoche, mira, yo no tengo na que perdé; eso, una tienda que se estáis comiendo entre tó los der barrio. Si se repite lo de anoche... ¡esa mano te la corto!

ISIDORO.—¿Usté? (*Levanta el brazo para agredirle.*)

MANUEL. (*Apresándole la muñeca sin perder su serenidad y apretándosela hasta verle marcar un gesto de dolor.*)—¡Esta mano te la corto!

(Asoma por el fondo izquierda ESE, tipo de proletario extranjero, mal encarado. Chasca los dedos hasta llamar la atención de ISIDORO y luego, con gesto autoritario le indica que vaya.)

ISIDORO.—Usté y yo hablaremos más despasio, señó Manué.

MANUEL.—Cuando quieras. A mí me sobra er tiempo.

PEPE. *(A Isidoro, que se dirige a Ese.)*—Oye, niño. Apunta que yo me lavo la cara con aguardiente.

(ISIDORO hace mutis derecha con su amigo.)

MANUEL.—Ese sí que es mudo. ¿Quién será ese angelito que tanto lo busca?

PEPE.—Otro granuja como é.

LORETO.—No; él es más que granuja, él es un...

MANUEL.—¡Ná! Un chiquiyo mal encaminao.

CARMELA.—¿Verdá, que sí, señó Manuel? Isidoro no es malo. Yo le he visto darle a un desgrasiao la única peseta que yevaba.

LORETO.—Que se la prestó a rédito, no digas má.

ATANASIO.—Vaya; me voy a dá una güerta por la Alamea, a vé si veo un poquito de sine al aire libre. ¿Quién se anima?

PEPE.—Home, tiene usté una manera de convidá tan rumbosa, ¿qué quién se niega? Espere usté que sierre, que ayé me descuidé y me se yevaron dos navaja.

(Echa la llave a la barbería.)

LORETO.—¿Y qué? ¿Lo de usté no va a sé de tó er mundo?

PEPE.—Pues por eso; porque no está bien que le roben a tó er mundo. (*Se va con señor Atanasio por la derecha.*)

LORETO. (*A Carmela.*)—Levanta esa, cara, niña, que parese que te han dao cañaso.

CARMELA.—¡Como ante me dijo que la agachara!

LORETO.—Mientra pasaba er siclón, pa que no te cayera tierra en los ojo. (*A MANUEL que mete la silla dentro de la tienda y sale poniéndose americana y sombrero.*) ¿También se marcha usté?

MANUEL.—Sí, señora.

LORETO.—¿A que le asierto dónde?

MANUEL.—Es posible. Usté está acostumbrá a asertarlo tó.

LORETO.—Sin cáscara, señó Manué, que yo no me ocupo de vidas ajenas, pero la casera de una corrá tié que sabé muchas cosa aun que no le interesen.

MANUEL.—Bueno, ¿y qué?

LORETO.—Pué que usté va ahora a salirle ar camino.

MANUEL.—¿A quién?

LORETO.—Ar deán.

CARMELA.—¡Pero cuánto habla usté, madre!

LORETO.—To lo que tú no pues hablá con quien yo me sé. (*A Manuel.*) Usté tira ahora pá Capuchino. Puerta Osario, Puerta la Carne.

MANUEL.—A la esposisión.

LORETO.—Ar número 86 de la caye San Fernando, cá don Emilio Noguera, que es donde está cosiendo la interesá. ¿He asertao?

MANUEL. (*Echando la llave a la puerta de la tienda.*) Sí, señora. Mañana le daré un caramelito..., porque he serrao ya. Hasta luego.

(*Hace mutis derecha.*)

LORETO.—Vaya usté con salú.

(*Pausa. LUISILLO y PATRILLO pasan muy amartelados de derecha a*

izquierda. SEÑA LORETO empieza a adormilarse.)

Pero dí argo, hija, dí argo; que entra un sueño ar lao tuyo...

CARMELA.—Los der mueye creo que siguen sin trabajá.

LORETO.—Sí.

(Pausa breve.)

CARMELA.—A la mujé de Paco se le ha muerto er chiquiyo.

LORETO.—*Ya lo sé.*

(Otra pausa.)

CARMELA.—Ramón, er de l'artosano ha tenío que serrá la tienda.

LORETO.—Bueno: dobla la hoja.

CARMELA.—Está mu grave la...

LORETO.—¡Que te cayes ya, Mencheta!

(Pausa breve. SEÑA LORETO busca nueva postura en la hamaca y se queda dormida. Seguidamente avanza ISIDORO por donde se fué, y entre éste y la mocita se entabla un vivo diálogo por señas.)

JACINTA. *(Por el corral, trayendo una silla. Con voz chillona.)*—¡Qué rico! ¡Qué rico! ¡Qué rico estaba el gazpacho!

(SEÑA LORETO se despierta. CARMELA hace un gesto de coraje. ISIDORO desaparece con rapidez.)

LORETO.—¡La abogá!

JACINTA.—¡Riquísimo! Por argo era el alimento preferío de los romano.

LORETO.—No sabía yo que er gazpacho era tan antiguo. Los ajo, sí.

JACINTA.—¿Se está bien en la puerta?

CARMELA.—No, señora; se está muy mal.

JACINTA.—Pué a dormí.

LORETO.—Si nos dejan.

JACINTA.—Yo, zi no oígo dá las dó, no me pueo quedá dormía. ¡Misté qué es raro! Me estoy cayendo de zueño, me tumbo, y hasta que no suenan las dó, espabilá.

LORETO.—Pues eso tié buen arreglo: se yeva usté larmiré a la cama y cuando se quiera dormí le dá dos gorpe.

CARMELA. (*Mirando hacia la izquierda.*)—Ahí está mi padre.

LORETO.—Ea. ¿No desía usté que no? Ya paresió mi hombre.

JACINTA.—Se ve que viene cansao.

LORETO.—Toma, como que se habrá recorrío toa Seviya y ahora se quejará del reuma.

CARMELA.—No ganamo con é pa media suela.

JORGORIO. (*Por donde se indica, aproximándose al grupo.*)—¡Jozú qué diita, Loreto de mi arma! Ponme una siya, por tu salú.

LORETO.—¿Sola o con los estribo?

JORGORIO. (*Riendo.*)—¡En er clavo! Home, ¿s'ha dao usté cuenta, seña Jasinta? Si es que mi mujé tiene unas contestasiones que valen er dinero.

LORETO.—¿Ve usté? Asín da gusto. ¡Veintisinco años de trato y entoavía no he dao con la palabra que le ofenda.

JORGORIO.—¿Pero qué me vas a ofendé tú a mí, si no dise más que cosas bonita? Si cuando piensa un insurto ar yegarte a los labio te se güerve un clavé?

LORETO.—¿Qué le parese a usté mi marío?

JACINTA.—A mí me parese un cabayero de la corte vensiana de Luí diesinueve.

LORETO.—Pues a mí me parese un tío catorse.

JORGORIO. (*Riendo.*)—¡En er clavo! ¡Pero que en la cabesa der clavo! Si no pierdes una.

LORETO.—Déjate de coba, ladrón. ¿Dónde as andao desde las dose der día?

JORGORIO.—Lo he andao tó, lo he visto tó; estoy enterao de tó. Ahora pueo comé tranquilo. ¡Lo que me he reío hoy!

LORETO.—Eso con poco. Er que te puso a ti Jorgorio era un sabio.

JORGORIO.—He visto explotá la bomba de la caye San Jasinto.

JACINTA.—¿Otra bomba?

LORETO.—¿Cuándo?

JORGORIO.—Hase dos hora. ¿Pero no han yegao aquí las notisia?

LORETO.—No.

JORGORIO.—¿Ves tú? Si a mí me tenía que subensioná er barrio. ¿Si no fuera por mí se sabría ésto en la Macarena, hasta que saliera mañana er «Liberá»?

(*Se duscubre para secarse el sudor con el pañuelo, dejando ver una hermosa calva.*)

CARMELA.—Sí, padre; usté es la radio sin onda.

JACINTA.—¿Dise usté que en la caye San Jasinto?

JORGORIO.—Tres puerta más abajo de la taberna der veintitré, donde estaba yo. ¡Qué explosión, señora! ¡Lo que me he reío!

JACINTA.—¿Ha había desgrasia?

JORGORIO.—Lo que ha habio ha sío muchísima grasia. ¡Una de susto! (*Riendo.*) A señó Paco, el remendón, le ha dao un repente que se ha quedao tartaja pa insécula.

JACINTA.—¿Es posible?

JORGORIO.—Como que no me dijo más que usté lo pase bien, y pa escucharlo me tuve que sentá en er

poyete, liá un pitiyo y entoavía lo dejé con la palabra en la boca. ¡Y tó porque le cayó un barcón ar lao!

LORETO.—En una de ésta te va a tocá un chinaso, y me alegraré.

JORGORIO.—Ca, home, si no pasa na. ¡Que se divierte uno un ratiyo! A mí me cogió el estampío tomándome un chato con mi compare, y cuando nos dimo cuenta estábamos los dó debajo er mostradó y er montañé ensima un barrí.

JACINTA.—Como Baco.

JORGORIO.—Eso. ¡Señora, qué juerga! ¿Y disen que Seviya está ahora má? Lo que está es más divertía que nunca.

LORETO. (*Levantándose*).—Anda, anda a comé argo, que las diversione debilitan.

JORGORIO. (*Al echar el paso.*)—¡Ay!

LORETO.—El reuma.

JACINTA.—Claro.

LORETO.—Lo que has andao, borrico. Vamos, niña, ayúdame a aguantá a tu padre.

(*Le sostiene cada una por un brazo.*)

JORGORIO.—Que en cuanto me paro, me enfrío. (*Dando otro paso.*) ¡Ay! (*Riendo.*) Pero mira, es un dolo que tié grasia: me se marinea por aquí; me hase cosquiya aquí y de aquí aquí dá un sarto. ¡Ay! ¿Ves? (*Ríe.*)

LORETO.—Como que ese reuma lo has pescao tú en er sirco.

JORGORIO. (*Riendo.*)—Eso. (*A Jacinta.*) ¿Ve usté? ¡En er clavo!, na más que en er clavo!

(*Entra en el corral, seguido de SEÑA LORETO y CARMELA.*)

JACINTA. (*A Manuel, que llega por la izquierda, con semblante malhumorado.*)—¿Qué? ¿Ya se ha dao la güerta?

MANUEL.—Sí.

JACINTA.—¿Hay por ahí argo nuevo?

MANUEL.—Sí.

JACINTA.—¿Sabe usté que ha habío una bomba en Triana?

—MANUEL.—¡Sí!

JACINTA. (*Levantándose y cogiendo la silla.*)—¡Vaya! Pues no quiero más discusiones. (*Entrando en el corral.*) ¡Como mañana siga con el estribiyo le pío fiao!

(*MANUEL, que ha abierto la puerta de su tienda y va a entrar en ella, se detiene al ver llegar a ESPERANZA. Es ésta una mujer de treinta y cinco a treinta y seis años, en plena madurez de su hermosura.*)

ESPERANZA.—Buenas noches, Manué.

MANUEL.—Buenas noches, Esperansa. ¿Por dónde se ha venío usté, si pueo preguntá?

ESPERANZA.—Por donde siempre.

MANUEL.—Mala suerte; no la he visto.

ESPERANZA.—Yo a usté, sí.

MANUEL.—¿Qué sí?

ESPERANZA.—En la esquina de la caye San Fernando, parao.

MANUEL.—¿Y ha pasao usté junto a mí sin que yo?...

ESPERANZA.—¿Quién ha dicho eso? He estao en er barcón hasta que usté se ha ido.

MANUEL.—¡Ah! Yo lo he hecho porque no viniera usté sola.

ESPERANZA.—Y por vení sola lo he hecho yo. (*Ríe*).

MANUEL.—Está bien. Usté perdone. No creí que la ofendía con eso. Ha sío la primer noche que me he atrevío... Pero con buen fin, pué usté creé que con buen fin.

ESPERANZA.—Yo no lo he dudao. ¿Pero hubieran

pensao lo mismo los que nos hubieran visto juntos? Usté conose er barrio.

MANUEL.—Mujere como usté y hombres como yo podemos despresiá las murmurasione.

ESPERANZA.—Es más bonito que eso, no dá lugá a que murmuren. La calurnia...

MANUEL.—La calurnia se la aplasta con er pié.

ESPERANZA.—A mí hay cosas que me dá mieo pisá.

MANUEL.—Yo la esperaba pa hablá con usté; me había jurao que no pasaría de esta noche.

ESPERANZA.—Mañana, Manué. ¿Le da a usté lo mismo?

MANUEL.—No; que dejándolo pa mañana yevo ya unos cuantos mese y son muchos día de sufrimiento. Escúcheme usté ahora.

ESPERANZA.—¿Aquí?

MANUEL.—Aquí. Si no le voy a hablá de un crimen, Esperansa. ¿Por qué ha hecho usté ese gesto de pena?

ESPERANZA.—¿Yo?

MANUEL.—Basta. No tengo ná qué desirle.

ESPERANZA.—Hable.

MANUEL.—Ya lo he dicho tó y usté me ha contestao.

ESPERANZA.—Manué: Yo daría argo porque usté leyera mis pensamientos.

MANUEL.—¿Es que no los he leído?

ESPERANZA.—A media, na má.

MANUEL.—Es bastante pa sabé que soy el hombre más desgrasiao de la tierra. Usté no me quiere.

ESPERANZA.—Yo..., no puedo, no debo queré a nadie.

MANUEL.—¿Por qué?

ESPERANZA.—Porque er cariño, esta clase de cariño, ¿sabe usté, Manué?, debe sé alegría y satisfasión de viví, lo debe yená to y hay que tené er corazón libre de pena pa que las ilusione hayen sitio dónde meterse. En er mío no lo hay. ¡Ese hijo!... Esa crú en la verea de mi vía, le ha serrao er paso a toa las ilusione.

MANUEL.—¿Y por qué no he de ayudarle yo en su carvario?

ESPERANZA.—Porque mis pena son tan mía, que tengo a satisfasión el yevarlas yo sola. Si yo fuera Cristo, no querría Sirineo.

MANUEL.—No la entiendo, Esperansa.

ESPERANZA.—Cariño que me socorra, no. Quien compadese no armira, y yo soy orguyosa en mis querere. Quiero sé yo quien regale alegría, no quien resiba limosnas de consuelo.

MANUEL.—Es que yo la quiero a usté como quien pide y no como quien ofrese.

ESPERANZA.—Pero yo no estoy ni pa ofresé ni pa pedí.

MANUEL.—¿Pa qué entonse?

ESPERANZA.—Pa...

ISIDORO. (*Que ha asomado a la izquierda.*)—Madre.

ESPERANZA.—Pa ésto, Manué, pa ésto. (*A ISIDORO.*) Ven acá.

ISIDORO.—Cuando acabe usté de hablá con ese hombre.

MANUEL.—Lo que este hombre habla con tu madre lo puedes oí tú. Buenas noche, Esperansa.

ESPERANZA.—Buenas noche.

(*MANUEL entra en la tienda y encaja. ISIDORO se aproxima a ESPERANZA. Esta se dirige al corral.*)

ISIDORO.—Espere usté.

ESPERANZA.—Vamos dentro.

ISIDORO.—No, señora; anoche me echó usté de casa, y yo no entro más ahí.

ESPERANZA.—Anoche...

ISIDORO.—Tuvo usté rasón; por eso debo cumplí er castigo.

ESPERANZA.—Te pesa lo que hisiste, ¿verdá?

ISIDORO.—Sí, señora.

ESPERANZA.—Menos má, hombre. Que te sirva eso de escarmiento pa no vorvé a probá una copa de vino. Si yo sabía que no habías de yegá a la noche sin que te arrepintieras; como que tú no tienes mar fondo; caprichosiyo, pero na más. Ea, no te apenas, aqueyo al orvío y a sé bueno. (*Corrigiéndole el nudo de la corbata.*) ¡Miá que corbata! Parese que te ha hecho er núo un aireao. No habrás cogío pañuelo limpio, ¿verdad? Anda, vamos pa dentro.

ISIDORO.—No. Entre usté.

ESPERANZA.—Y tú, ¿o es que te crees que soy rencorosa? ¿Estás sin tabaco?

ISIDORO.—Tengo.

ESPERANZA.—Esta vé si que has estirao la cajetiya (*Alargándole unas monedas*) Toma, me han pagao la semana.

ISIDORO.—No lo necesito.

ESPERANZA.—¿Que no?

ISIDORO.—No. Ya es hora de que yo me bandee por mi cuenta y no la sacrifique a usté má.

ESPERANZA. (*Observándole con recelo temeroso.*) ¿Tienes dinero?

ISIDORO.—Lo tengo.

ESPERANZA.—¿De qué?

ISIDORO.—De mi trabajo. No sé cuándo va usté a convencerse de que ya no soy un niño.

ESPERANZA.—¿Tu trabajo?

ISIDORO.—Sí, señora, desde hoy me basto pa mí sólo; no vorveré más a casa; no le daré más dijusto.

ESPERANZA.—Esplícate.

ISIDORO.—Tampoco creo que tenga que darle más esplicasione.

ESPERANZA.—¡Isidoro! ¿Qué e eso? Nunca te he oído desí con esa calma cosas tan triste. ¿Qué te ha pasao? ¿Qué has hecho? ¿Qué piensa hasé?

ISIDORO.—Madre, ¿me deja usté que la bese?

ESPERANZA.—Sí.

ISIDORO.—Pues deme usté un beso y hasta la vista. (*La besa*).

ESPERANZA. (*Enlazándole con sus brazos.*)—No; no te vas asín.

ISIDORO.—*Quite.*

ESPERANZA.—Me tienes que esplicá, soy tu madre, tengo derecho.

ISIDORO.—Suérteme usté.

ESPERANZA.—¡Isidoro! (*En el forcejeo, notándole algo extraño en el bolsillo de la americana.*) ¡Eh! ¿Qué yevas aquí?

ISIDORO.—¡Suerte! (*Consigue desasirse*).

ESPERANZA. (*Mostrando en la mano una pistola.*) ¿Pa qué yevas tú ésto? ¿Quién te ha dao ésto?

ISIDORO.—Traiga acá.

ESPERANZA.—¿Es que tú? ¿Tú? ¡Ese dinero! ¡Hijo! ¿Pero estás loco?

ISIDORO.—Es usté quien me pone loco. Traiga usté. Eso es de un amigo; me la dió pa que la guardara.

ESPERANZA.—¡Mientes! Yo sé cuando mientes.

MANUEL. (*Por la tienda.*)—Esa pistola es mía: se la dí yo a guardá. (*Cogiéndola de manos de Esperanza.*) Pero la nesesito ahora. (*A Isidoro*). Y te relevo der compromiso. (*Se la guarda.*)

ISIDORO.—¿Ve usté? Por eso yo no pueo viví a su lao. (*Hace mutis rápido por donde quiera.*)

ESPERANZA.—Espera; escucha. ¡Isidoro!

MANUEL.—Déjelo. Ahora no conseguiríamos ná.

ESPERANZA.—Usté a mentío, Manué.

MANUEL.—Sí.

ESPERANZA.—Ese hijo me se pierde. ¡Corra usté! Yo no lo arcansaría. ¿Pero no se dá usté cuenta?

MANUEL.—De tó.

ESPERANZA.—Pue tenga usté sangre en las venas. ¡Ay si fuera su hijo!

MANUEL.—Esta noche lo dejaría marchá.

ESPERANZA.—Usté sí, pero yo no. (*Corre en la direc-*

ción en que se fué Isidoro. Manuel siente impulsos de seguirla, pero se contiene.)

PEPE. (*Por la derecha con señor Atanasio.*)—¿A dónde va Esperansa con tanta priesa?

MANUEL.—No me lo ha dicho.

ATANASIO.—¡Sí que es raro, a estas horas!

PEPE.—Tratándose de mujere, no hay na que sea raro. Misterio.

MANUEL.—Tratándose de Esperansa, tó es claro como la lú der só. (*Aproximándose a señor Pepe en actitud poco tranquilizadora.*) Na de misterio, ¿usté me entiende? Esa pué í entre luse y bajo palio como la que está en san Gí.

PEPE.—Bueno, home. Por mí pué usté cantarle una saeta, que yo no me enfado.

MANUEL.—Pues ojo con lo que se habla, que no está usté borracho.

ATANASIO.—El hombre no ha querío ofendé.

PEPE.—¿Ve usté la soberbia de la burguezía? ¡Y que yo por vesindá haya evitao er día der jaleo grande que saquearan esa tienda!...

MANUEL.—¿Usté?

PEPE.—Si eze día le digo yo a los mío, vamos por las conserva der señó Manué, que es conservaó, no le queda a usté ni la carne de membriyo. ¡Con las ganas que le tien en er barrio!

MANUEL.—¿Pero qué me van a saqueá a mí los der barrio, si entran ahí y me pongo a tirarles cuenta de lo que me deben a la cabesa y no hay uno que no sarga descalabrao?

ATANASIO.—Hay esersiones. Yo no le debo ná.

MANUEL.—Usté no, su mujé.

ATANASIO.—Mi mujer y yo no nos hablamo.

MANUEL.—Pues hagan ustede las pase, que me conviene. (*Saca una silla a su puerta y se sienta.*)

ATANASIO. (*Que queda con señor Pepe en primer término.*)—Este se interesa demasiao por la dama. Pa mí que se entienden.

PEPE.—Pero es tan burro, que se cree que lo disimula con defenderla.. ¿Qué zerá que en cuanto una mujé pierde la vergüensa con uno, se empeña uno en que a los demá le paresca doña virtú?

ATANASIO.—No me lo esplico.

PEPE.—Pasa con ésto lo que con los tasi: en cuanto tomamo uno lo queremo hasé pasá por coche propio. (*Siguen hablando.*)

LUISILLO. (*Por el fondo derecha acompañando a Patrillo.*)—Buenas noche, señó Manué.

MANUEL. (*Que desde que se marchó Esperanza da muestras de inquietud.*)—¡Luisiyo, asércate, home, con permiso de la mosita.

LUISILLO.—Patriyo es de confiansa.

PATRIYO.—¡Fartaba má!

MANUEL.—(*Bajando el tono.*)—¿Quieres haserme un favó?

LUISILLO.—Ya está hecho.

MANUEL.—Te nesesito esta noche. (*Siguen hablando*).

PEPE.—Ahora, que yo le pido que esto se quede entre nosotro.

ATANASIO.—Como zi ze lo hubiera usté contao a la estatua de Beque. Sobre eso ha caído una losa.

PEPE. (*Suspirando.*)—De aquí (*El pecho*) no hubiera salío nunca, pero se empeñó usté en que nos fuéramo por caye solitaria...

ATANASIO.—Y usté, que iba con gana de hablá.

PEPE.—No, home, que yo no sé qué tiene Seviya en noche como ésta, que, como se metan dos amigos por er barrio Santa Crú, se cuentan lo que más quisieran cayá. Parese que hay duendes que tiran de los secreto. (*Siguen hablando.*)

MANUEL.—El para por las noches en la taberna del Seideo, esquina a la Resolana.

LUISILLO.—No me dé usté más seña.

MANUEL.—Pues al avío.

LUISILLO.—Voy a dejá a ésta en su casa y ya estoy ayí.

MANUEL.—Y dispense usté, Patriyo, que cuando se tiene una cara tan bonita como la de usté, no se pierde ar novio por una pava meno.

Patriyo.—Grasia por lo de bonita y dispensao.

LUISILLO. (*A Manuel aproximándose a Patriyo.*)—Chalá me tiene, señó Manué; la ví a dejá ahora mismo bajo yave pa que no me la roben (*Ella ríe y los dos hacen mutis muy amartelados.*)

PEPE.—¿Sabe usté por qué me gusta má esa mujé? Por su curtura. Me representa la siensia que tiene. ¡Si hablara en los mítin! ¡Cómo me trae!

ATANASIO.—Pue arránquese usté por derecho y...

PEPE. (*Viendo salir del corral a señá Loreto, Carmela y Jorgorio.*)—Caye usté.

LORETO. (*A Jorgorio.*)—Anda, pa ti la maca.

JORGORIO.—¿Quién, yo? Si yo me voy. ¿Tú quiere que me se enfríe el reuma?

LORETO.—¿Pero no has trotao hoy bastantes caye, hijo mío?

CARMELA.—Uusté no se va sin que le demo las frisione de arcó arcanforao.

JORGORIO.—¿A mí?

LORETO.—No hija, que con lo que anda tu padre, si le damo arcó se nos inflama.

JORGORIO. (*Riendo y marchándose por la derecha.*)—En er clavo. ¡Ya dió en er clavo!

PEPE. (*A señor Anastasio.*)—A este tío parese que lo están carsando siempre.

LORETO.—¿Ven ustede qué vidita hase? ¿Pa qué pagará casa?

PEPE.—Que no se pué está quieto. Eso es cuestión der naturá irnato de su mó de sé. (*Saca de la barbería una silla y se sienta, así como señor Atanasio a la puerta del corral.*)

LORETO.—Eso es cuestión de que fué bailarín hasta que lo retiró el reuma.

CARMELA.—¿Qué le pasa a usté, señó Manué? Está usté muy cayao.

MANUEL.—Es verdá estoy echando unas cuentas que no me salen.

PEPE.—Súbale usté una gorda a las papa.

CARMELA.—Venga usté acá, que yo sé de número.

MANUEL.—Se agradese el ofresimiento. (*Aproxima su silla a la de Carmela.*)

JACINTA. (*Asomando a la puerta del corral.*)—¿Farta mucho pa que den las dó?

ATANASIO.—Según mis cárculo, tres hora y media.

JACINTA. (*Sentándose.*)—¡Qué desesperación!

PEPE.—No lo diga usté, que soy capá de adelantá el reló del Ayuntamiento.

JACINTA.—Vivían mucho mejó los moro con los reloje de só. Se quitaba er só, se acababan la s'hora; pero yegaron los cristianos con los reloje de campana inventao por el rey san Fernando, y me fastidiaron a mí.

PEPE. (*Que ha ido a encender un cigarro y se ha quedado escuchando con la boca abierta hasta quemarse los dedos con la cerilla. A señor Atanasio.*)—¡Tié más ilustarción que er Blanco y Negro!

CARMELA. (*Que habla aparte con Manuel.*)—¿Una pistola?

MANUEL.—¡Caya! (*Siguen hablando.*)

LORETO.—Otro añito sin Semana Santa, señó Atanasio.

ATANASIO.—Bien que lo he sentío.

PEPE.—No sea usté atrasao.

ATANASIO.—No es atraso; es que yo tenía mi negosio de siyas de arquilé que un año con otro me daba unas peseta.

LORETO.—Como a mí er de los armendrao; yo los hasía superiores y Jorgorito los vendía, cuando no le daba por comérselos.

ATANASIO.—Los pobre nos ayudábamo, si señora.

PEPE.—Y qué vale eso ar lao del avanse de los idea-

le pogresivos? ¿Verdá, señá Jasinta? ¿Pa qué queremo los seviyano los santo por la caye?

ATANASIO.—Pa comé, entre otras cosa.

LORETO.—Y pa encontrá un poquito de consuelo de tejas pa arriba, ya que hoy, de tejas pa bajo nos consolamo a tiro.

PEPE.—¡Vamo! No sea usted sertívera, señá Loreto.

LORETO.—Pero oiga usté, so sertívero. ¿No pedía ustée a vose el año pasao delante de San Gí que saliera la Esperansa?

PEPE.—¡Cuidao, que eso e otra cosa! La Esperansa e er número uno, y yo, ante que ná, soy macareno.

ATANASIO.—¡Ole ya! Le debo a usté un chato.

MANUEL. (*Que ha seguido hablando con Carmela.*)—Tú puede hasé mucho.

CARMEN.—¡Ojalá!

MANUEL.—Has por verme mañana.

LORETO.—Señó Manué; que la niña e sortera.

MANUEL.—Como yo.

LORETO.—Usté e sorterón con espolone. No le dé usté más charla que se marea.

CARMELA.—¡Josú, madre! No me deja usté ni respirá.

LORETO.—Es que muchas por queré respirá se han ajogao. (*Aparece Esperanza por donde se fué, viene andando lentamente agotada por el cansancio.*)

JACINTA. (*Refiriéndose a Esperanza.*)—Otra que está esperando las dó pa dormirse.

MANUEL. (*Saliendo a su encuentro y avanzando a primer término.*)—¿Qué es eso? ¿Viene usté mala?

ESPERANZA.—Rendía. No he conseguío ná.

MANUEL.—¿Por qué no me hiso usté caso?

ESPERANZA.—Me vió desde lejo que le perseguía; corrió: lo yamé, quise arcansarlo, caí... Esa caye de la Feria ha sío pa mí esta noche la caye de la Amargura.

MANUEL.—Tranquilidá. Mañana hay tiempo pa tó.

ESPERANZA.—No diga usté eso, Manué. ¿Usté sabe

lo que e una noche de espera, cuando ha leído una en lo s'ojo de su hijo tantas cosa que dan miedo?

MANUEL.—Pero no hay derecho a matarse asín; ni ha comío usté, ni ha descansao, ni...

ESPERANZA.—¿Eso qué importa? (*Observando que la mira fijamente.*) ¿Qué me mira usté asín?

MANUEL.—La cara... el alma que se asoma a eya tan cargá de sufrimiento que dan gana de hincarse de roiya.

ESPERANZA.—¡Manué! Estamo yamando la atensión.

MANUEL.—Venga usté a sentarse. (*Se aproxima al grupo.*)

ESPERANZA.—Buenas noche.

PEPE.—Venga usté con Dió, trasnochaora.

MANUEL.—Cá uno trasnocha lo que le dá la gana.

PEPE.—Es verdá; se me había orvidao.

LORETO.—¿Te ha pasao argo por ahí? Parese que vienes malucha.

CARMELA.—¿Quié usté que la haga una tasita de té?

ESPERANZA.—Grasia.—No estoy más que cansá.

LORETO.—No sería estraño que te hubieras asustao por arguna cosa.

ESPERANZA.—Con una pobre mujé como yo, no se mete nadie.

LORETO.—No me digas, que hay gente pa tó.

CARMELA.—Verdá, parese mentira que gente de Seviya sea capá de siertas cosa.

MANUEL.—Esos no son de Seviya.

PEPE.—Es verdad.

MANUEL.—Y los otros tampoco.

PEPE.—Le diré.

MANUEL.—Tampoco. Argún que otro chiquiyo ar que emborrachan de fantesía.

ESPERANZA.—Eso. Chiquiyos mal aconsejao.

MANUEL.—Los que quieren hundí Seviya no han nasío a la lú de su só.

LORETO.—Los que sean, sartaron la tapia de este güerto de rosa y no están dejando más que los espino.

ATANASIO.—Desajeasiones.

MANUEL.—Realidá. Pero tenemo la curpa nosotro, nosotro mismo; los uno porque a ná le dan importansia (*A señor Atanasio*) como le pasa a usté; lo s'otro porque tó lo toman a risa, como er señó Jorgorio, y los demás ayá, porque piensan como er señó Pepe, que son más hombre y más barbaro hasiendo que se entusiasman ca vé que estaya una bomba.

PEPE.—Oiga usté; uno tié sus ideales.

MANUEL.—Usté e un infelí, home. Si cuando afeita no hase más que preguntá si hase daño.

PEPE.—Porque me recreo en er doló.

CARMELA.—Pues yo digo, que hagan lo que hagan, no puen con Seviya.

ESPERANZA.—Y dises bien; de los espino vuerven a salí las rosa y donde se troncha un rosá queda la semiya de otro.

JACINTA.—Aquí pasará como en Troya; se lo tragará toito er vorcán, pero vendrán otra vé los troyero y vida nueva.

PEPE.—¡Eso! Usté si que sabe lo que se dise.

LUISILLO. (*Por la izquierda y sin aproximarse al grupo.*)—Señó Manué, con permiso de la reunión.

MANUEL.—Ayá voy. (*Se acerca a Luisillo y habla en voz baja con él de espaldas al grupo.*)

JACINTA.—Secretiyos tenemo.

(*Esperanza da muestras de gran inquietud, se levanta y, poco a poco, ante la extrañeza de los contertulios, se va aproximando a Manuel y Luisillo.*)

LUISILLO.—En cá de Sei deo estaba.

MANUEL.—¿Con quién?

LUISILLO.—Con ese, con ese que parese estranjero.

MANUEL.—¿Oiste argo?

LUISILLO.—No. Los ví desde la caye. Estaban disputando, luego parese que se vinieron a güenas. Salie-

ron junto, yo detrá y... no me gusta, señó Manué; por las seña...

MANUEL.—Sigue. ¿Dónde fueron?

LUISILLO.—Se han quedao ahí a la guerta de la plasa. Ese escondío frente al portá de don Emilio Espinosa, er que ha resibío los anónimo. Isidoro en la esquina la caye.

ESPERANZA. (*Que se ha aproximado lo necesario para oír las últimas frases.*)—¿Isidoro?

MANUEL.—Caye usté. Yo estoy ayí ahora mismo.

ESPERANZA. (*A Luisillo.*)—¿Dónde, dime dónde?

LORETO.—¿Qué pasa?

MANUEL.—No pasa ná.

(*Va a hacer mutis rápido por el fondo izquierda, suenan dos disparos de pistola, no muy próximos.*)

ESPERANZA. (*Dando un grito.*)—¡Hijo!

CARMELA. (*Corriendo como los demás del grupo hacia Esperanza.*)— ¿Cómo? ¿Isidoro?

LORETO.—¿Su hijo?...

PEPE.—¿Ha dicho usté?...

MANUEL.—No ha dicho ná. No sabemo lo que ha pasao.

ESPERANZA.—Ná. Dos tiros que matan a un hombre y un chavaliyo que se pierde. ¡En Seviya no pasa ná!

TELON

ACTO SEGUNDO

El mismo lugar de acción que el primero.—Las doce de la misma noche.—La escena sola; los portales cerrados.

(Cruza de izquierda a derecha un SERENO. Viene silbando una marcha militar, lleva el sable sobre el hombro como si fuera un fusil y al compás del silbido. Aparece BROCHERO, se aproxima a la barbería y golpea repetidamente en la puerta.)

JORGORIO. *(Por el fondo izquierda.)*—No yames que no hay nadie.

BROCHERO.—¿Sabe usté dónde estará er maestro?

JORGORIO.—Ahí a la güerta : onde los tiro.

BROCHERO.—Es que... Como salimos tarifando ¿sabe usté?

JORGORIO.—¡Home!

BROCHERO.—Me se orviaron las herramienta y las nesesito pa por la mañana, ante que abra.

JORGORIO.—¿Con que tan mal habéis quedao?

BROCHERO.—Como que me fuí jurándosela. Si no fuera porque uno tié sobrino, ese iba a resibí notisia de la S. P. B.

JORGORITO. (*Riendo.*)—¡Miá que ha tenío grasia! ¡Quitarle la mascota de un balaso y no rosarle ni el pelo! (*Riendo.*) Si yega a sé sinsombrerista, se la carga!

BROCHERO.—Otra vé será. Está sentensiao.

JORGORIO.—¿Por los de la bisicleta?

BROCHERO.—No sé. ¿Me quiere usté hasé un favó?

JORGORIO.—Home ¡ya lo creo! ¡Cuarquiera se indispone contigo!

BROCHERO.—A mí me da un poco de reparo vorvé a hablá con er maestro. Si lo vé usté ante que se acueste, píale mis herramienta, yo me daré luego una vuerta por aquí. ¿Usté no se acuesta entoavía, verdá?

JORGORIO.—En er verano la noche se la sedo a los mosquito.

BROCHERO.—Entonse...

JORGORIO.—Vete descuidao. Yo me encargo de eso.

BROCHERO.—Pué que le dé a usté la grasia er maestro, porque le ha evitao usté un dijusto. Condió.

JORGORIO.—Adió, terrible. (*Se queda un momento pensativo, saca papel y lápiz y, apoyándose en la esquina, escribe.*)

ATANASIO. (*Por la derecha con un cucurucho de pescado frito, una rosca y un manojo de rábanos.*)—¿Está usté hasiendo verso? (*Aproximándose a leer lo que escribe.*) ¡Vaya una letrita reumática que tié usté.

JORGORIO.—Señó Atanasio, esto e una farta de educasión.

ATANASIO.—No hay cuidao, que no lo entiendo.

JOROGORIO.—Si lo digo porque me está usté metiendo por las narices er cartucho de pescao y yo he comío muy mal.

ATANASIO.—Pué en este número no doy partisipasión.

JORGORIO. (*Terminando de escribir.*)—Listo. (*Dobla el papel y lo echa por debajo de la puerta de la barbería.*)

ATANASIO. (*Asombrado.*)—¿Es pidiendo número pa mañana.

JORGORIO.—Dos quinse hay pagao en la esquina; usté pone esas tapa y se lo esplico tó.

ATANASIO.—En marcha. (*Se cogen del brazo y hacen mutis izquierda.*)

LORETO. (*Asomando por la derecha, a Jorgorio, que ha hecho mutis.*)—¡Oye, tú! ¿Pero dónde vas ahora, judío erante?

CARMELA. (*Que viene detrás con Jacinta.*)—Déjelo usté, madre. Si sabe usté que no se acuesta hasta que es de día.

LORETO.—Verdá, parese que ha firmao un contrato con la luna. (*Volviéndose al grupo.*) Lo que yo le desía a ustede. Ahora, tó se vuerven ayí guardia. Que si fué asín, que si pasó de la otra manera, que si en la paré están los tiros...

JACINTA.—Esas son las diligensia. Ahora tienen que desaminá los *infartos* de las bala.

LORETO.—Y venga a preguntá a tó er mundo: Que si usté lo vió; que dónde estaba usté...

JACINTA.—Esos son los auto.

CARMELA.—Y mientra los pistoleros najándose de Seviya.

LORETO.—Esos son los talone.

JACINTA.—Suerte que ha tenío don Emilio.

CARMELA.—Un ange lo ha sarvao.

LORETO.—Que ha nasío con la cabeza chica y redonda. Si la yega a tené de cucurucho como tu padre. le quitan er pico como a un güevo pasao por agua.

JACINTA.—¿Se ha fijao usté en Esperansa?

LORETO.—Y en Manué. A mí no me se va ná. Eya teme que en esto ande er chiquiyo mesclao.

CARMELA.—¡Qué tontería! ¿Ahora lo vamo a hasé pistolero?

LORETO.—Lo raro sería que lo hiciéramo gobernaó.

JACINTA.—Er niño no anda en buenas compañía. Ese

con quien siempre va junto ...Ese... ¡a eya se le escapó una palabra cuando sonaron los tiro!...

LORETO.—Muy comprometedora. Y aluego la cara que tiene.

CARMELA. (*Con enfado.*)—Ea, ya está er cuento fraguao. Mañana se empesará a desí por er barrio que er de los tiros ha sío Isidoro y cuando aluego se vea que no, dirán ustede, ¿pero quién habrá sío la chismosa? Asín, asín pasa.

LORETO.—Y asín le dan a una en la boca, descará. No te largo un guantaso porque ya sé que lo de chismosa no lo dises por mí.

JACINTA.—Grasia.

CARMELA.—Vamo a acostarno, madre, que van a dá las dó.

JACINTA.—¡Uy, no me lo diga! Mi hora. (*Se dirigen al corral y empujan la puerta que solo está entornada.*) Mieo le tengo ar corchón; se recalienta la lana...

LORETO.—¿Lana? No sea usté presumía. Yo tengo dó: uno de borra y otro de foñico de maí.

JACINTA.—Dormirá usté muy bien.

LORETO.—Sí. Cuando el uno quema, el otro chiya. (*Hacen mutis dejando la puerta como estaba.*).

MANUEL. *Con Esperanza y señor Pepe por la derecha.*)—¡Ná; cuarquiera sabe quién ha sío!

PEPE.—Un segato, home. Tirarle a boca jarro con lo grande que e don Emilio y no darle.

ESPERANZA.—¿Pero usté no cree que encontrarán a los que hayan sío?

PEPE.—No señora; no les encontrarán. ¿Qué iba a sé de las idea si no dejaran hasé propaganda? (*Observándola.*) ¿Pero entoavía le duran a usté los nervio?

ESPERANZA.—No; un poquitín.

PEPE.—¿A qué viene asustarse tanto si con usté no va ná?

MANUEL.—Amigo, pocas mujere ha tratao usté en su vía.

PEPE.—A mi difunta, pero como era sorda, tó lo que fuera ruío le daba iguá. En fin, me ví ar catre, que mañana estoy solo pa er trabajo. Buenas noche.

MANUEL. (*Bajo a Esperanza que hace intención de dirigirse al corral.*)—Espere usté. (*Al señor Pepe, que ha abierto la puerta de la barbería y casi en cuclillas da varias palmadas hacia el interior de la tienda.*) ¿A quién yama usté ahora?

PEPE.—Es pa espantá ar gato y que no me se meta entre las piernas como anoche. ¡Mar tiro le den. ¡Como este pantalón me se manchó de aseite de sardina!... (*Cierra.*)

MANUEL. (*Al ver que Esperanza va a entrar en el corral.*)—¿Pero usté cree que er chiquiyo va a sé tan torpe que se va a escondé en su casa? Eso sería entregarse.

ESPERANZA.—¡Virgen mía! ¿Sabrán que ha sío é?

MANUEL.—Nadie le ha nombrao. Usté, usté sola, y ha podío comprometerlo.

ESPERANZA.—¿Es posible? ¿Habré yo dicho...?

MANUEL.—Por suerte, con er jaleo que había ayí, nadie se ha dao cuenta. Isidoro es nuevo en estas cosa; la polisía no lo tiene fichao. Si ante o despué no ha cometío arguna tontería que le haga sospechoso...

ESPERANZA.—¿Dónde le buscaríamo? ¿Dónde í?

MANUEL.—Ahora no sería conveniente buscarle.

ESPERANZA.—¡Ay, Manué! Si mi hijo va a la carse, yo me muero de pena. (*Rompiendo a llorar.*) ¡Es lo único que tengo en la vía! ¡Lo único!

MANUEL.—Pue por eso hay que sé fuerte.

ESPERANZA.—Era muy chiquito cuando le fartó su padre; lo he criao con tó er mimo que una madre pué dá dentro de la pobresa. Usté sabe cómo he trabajao pa é. Yo he dao mis hora de sueño por juguete que é pudiera destrosá. Y mis ojo y mi vía seguiría dando pa que é lusiera un terno nuevo y yevara un duro en er borsiyo.

MANUEL.—Tanto cariño le ha perjudicao.

ESPERANZA.—Pue si mi cariño le pierde, ¿por qué nos da Dió a las madre unas entraña tan blanda?

(*Llora.—En la barbería encienden la luz y ésta se ve a través de la ventana.*)

MANUEL.—¡Vamo, Esperansa! No yore usté; se lo pido. Yo... yo soy hombre pa tó menos pa verla yorá; y ahora quisiera sé más hombre que nunca. ¿Me entiende usté, Esperansa?

ESPERANZA.—¡Si usté lo sarvara, si usté...! ¡Ay, cómo lo querría!

MANUEL.—¿Es una promesa?

ESPERANZA.—Es... er corazón quien habla.

MANUEL.—Er de la madre na má.

ESPERANZA.—¡El de la madre ná meno! Cada cariño tiene una puerta; la que yo le brindo ar suyo es la más grande. (*Dirigiéndose al corral.*) Voy a asomarme a mi cuarto.

MANUEL.—Pero no le digo...

ESPERANZA.—Ya lo sé. (*Haciendo mutis.*) No estará ahí él. No está. Pero estuvo, y es bastante pa que sienta argún consuelo.

(*Entra. Manuel queda un momento pensativo.*)

PEPE. (*Por la barbería, con el papel escrito por Jorgorio. Viene nervioso y con los pelos un poco alborotados.*)—Señó Manué. ¿Usté sabe leé las letras difísiles?

MANUEL.—¿Qué pasa?

PEPE.—Que he ensendío la lú pa buscá er diario y... me encontrao en er suelo este *anómino*, *amónimo* a... ¿Usté me entiende?

MANUEL.—¿A ve? (*Poniéndose debajo del farol y leyendo.*) «Por Júa a las idea redentora, quedas sentensiao. Morirás ante que sarga er só. Por er comité ejecutivo de la S. P. B., er secretario.»

PEPE.—Y hay... hay un seyo.

MANUEL.—Sí, pero este seyo dise: «El candao». Ferretería. Ofisinas.

PEPE.—E... e... un símbolo. ¿Sabe usté? Una contraseña. El candao quiere desí que me asegure. Yo sé cómo las gastamo.

MANUEL. (*Devolviéndole el escrito.*)—Esto debe sé una broma.

PEPE.—Esto es Brochero. Una vengansa. Una... Porque a un hombre como yo, que tiene aspirasione sosiale y que... ¡que esto tiene muy mala sombra, vamo! Me ha indispuesto con er comité, y como él fundó... ¿Qué hora será?

MANUEL.—Tarde.

PEPE.—Er só sale ahora tempranito, ¿no?

MANUEL.—Cuando no está nublao, sí.

PEPE. (*Mirando al cielo.*)—¿Está nublao?

MANUEL.—Acuéstese usté y duerma tranquilo.

PEPE.—Sí, sí. ¿Usté cree que a mí esto me va a quitá er sueño? Usté no se acuesta entoavía, ¿verdá?

MANUEL.—Dentro de un rato.

PEPE.—Pues me estaré acompañándole.

MANUEL.—Que no entran en su casa, home.

PEPE.—Por esta puerta no es fási, pero por la parte de atrá hay una ventana sin reja. ¡Claro que a mí me da lo mismo! ¿Por qué se habrá puesto así Brochero, home? ¡No era pa tanto!

MANUEL.—¿Pero no le da a usté vergüensa está siempre hablando de dinamita pa tené ahora ese mieo?

PEPE.—Oiga usté, que eso der mieo lo está usté inventando. (*Mirando hacia la derecha.*) ¿Quién es aquí?

MANUEL.—Er sereno. ¿No le ha visto usté la lú?

PEPE.—Como está en la oscuridá... Ea, a mí me se da lo mismo un *amónimo* que sesenta. Buenas noche. (*Apenas ha pisado la barbería, da un grito y se planta en la calle de un salto.*)

MANUEL.—¿Qué pasa?

PEPE.—¡Er gato! ¡Mardita sea la vesina que me lo regaló!

MANUEL.—¡Home, me va usté a hasé reí sin gana!

PEPE.—Ahora sí que no entro; yo soy muy supertisioso. Esto e un aviso. Como entre, me suertan un tiro.

MANUEL.—¡Qué tontería!

PEPE.—Tontería, no. Fíjese usté en er símbolo: ¡Un gato chico, un gatiyo! Detrá de eso, una pistola. Me apuesto ésta. (*La cabeza.*)

MANUEL. (*Riendo.*)—¿Por qué no tendré yo gana de juerga, home?

PEPE.—Me la apuesto, que toavía mando en eya.

MANUEL.—Y yo también me juego ésta a que le dejo a usté ya, so terrorista.

PEPE.—¿A dónde va usté?

MANUEL.—A acostarme.

PEPE.—Ooiga usté, ¿no quié usté un pitiyo?

MANUEL.—Hasta mañana. (*Entra y cierra la puerta.*)

PEPE.—Escuche usté.

(*Mira con inquietud a todas partes.*)

JORGORIO. (*Por la izquierda, con SEÑOR ANTONIO.*)—¿Pero qué hase usté levantao con lo temprano que tié que abrí la barbería?

PEPE.—Que me pie juerga er cuerpo, sí señó. Me había ya acostao, y, pensando en lo buena que estará la mansaniya a estas hora, no me he podío quedá dormío. ¿Hase un chatito?

ATANASIO.—Si ya está tó serrao...

PEPE.—Sé yo un sitio donde se yama con los nudiyo y entra usté en Sanluca. ¿Hase?

JORGORIO.—¿Pero quién va a pagá?

PEPE.—Yo. ¿No lo estoy disiendo? Ocho duro hay aquí pa haserlos porvo.

JORGORIC.—Pues arreando. (*A señor Pepe.*) Tié usté mar colé.

PEPE.—Es que yo soy trigueño. Oiga usté. ¿A qué hora sale ahora er só?

JORGCRIC.—No sé. ¿Va usté a hasé fotografías?

PEPE.—Curiosiá. ¿Vamos?

(*Agarrado a los dos, inicia mutis izquierda.*)

JORGORIO.—¿Se fijó usté, seño Atanasio en la pinta de ese gachó que estaba en la esquina?

ATANASIC.—Sí, home; la de un asesino de esos nor támbulo.

PEPE.—¿En qué esquina?

JORGORIO.—Ahí, en la der convento.

PEPE. (*Tirando de ellos hacia la derecha.*)—Es por aquí.

JORGORIC.—¡Camará, señó Pepe! ¿Va usted temblando?

ATANASIC.—¡Sí que se trae un movimiento!...

PEPE.—Es que yevo pegá al oído una rumba. (*Cantando.*) Arsa, colúmpiate, sí, sí. (*Hacen mutis.*)

(*Se entreabre la puerta del corral y asoma CARMELA. Mira a uno y otro lado con sigilo, se aproxima a la puerta de la tienda y llama a ella con nerviosidad.*)

MANUEL. (*Saliendo.*)—¡Tú, chiquiya! ¿Y tu madre?

CARMELA.—Durmiendo. Ya sabía yo que no se había usté acostao.

MANUEL.—¡Cómo es posible!

CARMELA.—Verdá. ¿Quién puede pegá los ojo? Vengo de la habitasión de Esperansa.

MANUEL.—¿Está más tranquila?

CARMELA.—Ahogaíta de temore. Yo también tengo un estorbo en er pecho, que no me deja respirá.

MANUEL.—Te expone a que tu madre se espabile...

CARMELA.—Y me espabile, ya lo sé. Que sea lo que Dió quiera. Usté me dijo que tenía que hablarme.

MANUEL.—Sí.

CARMELA.—¿Qué puedo hasé yo por Isidoro?

MANUEL.—Ante, mucho; ahora, ná.

CARMELA.—Explíquese usté.

MANUEL.—Tú hubieras podío evitá esto. La influensia que pierde la madre, la gana la mujé que nos enamora.

CARMELA.—Cuando esa mujé no tié una madre como la mía, que de tó se escama. En año y medio que yevo de relasione con Isidoro, hemos hablao meno palabra que las que se disen pa sacá un biyete der tren.

MANUEL.—¿Y pa qué te sirve la listesa?

CARMELA.—¡Ay, usté no conose a esa señora que está durmiendo! ¡Si hasta cuando comemo caracole me aparta los macho! Es de una morá que me tié negra.

MANUEL.—Pue esa señora y tu padre... ¿Te vas a ofendé?

CARMELA.—No.

MANUEL.—Se escaparon.

CARMELA.—Es verdá.

MANUEL.—Y entoavía no se han casao.

CARMELA.—Bueno, sí; pero mi padre dise que es por er reúma, que él no pué está de roíya.

MANUEL.—Tú no quiere a Isidoro como yo me figuraba. Tú no tienes arranque de hembra.

CARMELA.—Oiga usté: yo no he reñío nunca con nadie; pero si...

MANUEL. (*Prestando atención hacia la derecha.*)—¡Caya!

CARMELA.—¿Qué?

MANUEL.—¡Ná! Ahí, por er lao der convento... Sigue.

CARMELA.—Que yo quiero a Isidoro como saben queré las mosita de mi tierra. Y si no me ve usté yorá,

es porque yo me trago las lágrima pa cuando no me ve nadie.

MANUEL.—¿Qué serías tú capá de hasé?

CARMELA.—Por sarvarlo, tó.

ESPERANZA. (*Por el corral.*)—Y yo sé bien que eso es verdá, chiquiya.

CARMELA.—¡Esperanza!

ESPERANZA.—No sabe ese loco er cariño que le tiene. Anda, vuerve a tu cuarto; no te expongas a un dijusto.

CARMELA.—Yo a usté no la dejo sola esta noche.

ESPERANZA.—Noche de verano. ¡Disen que son cortita!

(*Se oyen sonar hacia la izquierda los pitos de los serenos y ruido de gente que corre.*)

CARMELA.—¿Eh?

ESPERANZA.—¿Qué es eso? ¿Manuel, qué pasa? (*Por la dirección que se indica irrumpe en escena Isidoro. Viene ahogándose por la carrera que trae. Duda un momento, aturdido, y se detiene sin saber qué calle seguir.*) ¡Hijo!

CARMELA.—¡Isidoro!

MANUEL. (*Entreabriendo la puerta de la tienda.*)—¡Aquí!

(*Isidoro hace mutis por ella rápidamente.*)

ESPERANZA.—¡Dios mío!

(*Va a seguirle, así como Carmela.*)

MANUEL.—¡Quietas!

(*Con rapidez saca a la puerta tres sillas e indica que se sienten.*)

POLICIA. (*Por la izquierda, deteniendose indeciso.*) ¿Dónde ha entrado?

MANUEL. (*Indicándole el corral.*)—Ahí. (*Al ir a hacer mutis el policía por dicho lado.*) Pero ojo, que a la esparda der corrá hay una tapia que da a otra caye.

(*Asoma por la izquierda otro policía, y el primero le indica con un ademán que dé la vuelta a la casa, al mismo tiempo que él entra en ella. El segundo policía desaparece. Breve pausa.*)

ESPERANZA. (*En voz baja hacia el interior de la tienda.*)—¡Ahora! ¡Sá!

MANUEL.—¡No! ¡Cáyese usté que lo pierde! Nos pueden está viendo.

ESPERANZA.—¡Ay Virgensita mía de la Esperansa!

CARMELO.—¡Señó, señó!

MANUEL. (*A media voz.*)—Na de caras triste, na de asustarse. Estamos tomando er fresco y hay tranquilidá y hasta alegría. ¡Un esfuerzo! ¡Por é! ¡Un esfuerzo!

ATANASIO. (*Por la derecha.*)—Buenas madrugá.

MANUEL.—¿De recogía?

ATANASIO.—Sí señó. Esos se han metío en chato y yo tengo que encalá a la siete.

CARMELA. (*Muy nerviosa y sin saber lo que dice:*) ¡Que encalá! ¡Qué grasioso! (*Rompe a reir así como Esperanza.*)

ATANASIO.—No creo yo que eso tenga mucha grasia. Que ví a dormí muy poquito

ESPERANZA. (*Como Carmela.*)—¡No va a dormí! (*Sigue riendo nerviosamente.*)

ATANASIO.—¡Pué señó, que grasioso he salío yo de la taberna!

MANUEL.—¡Home, sí, está usté hoy sembrao!

ATANASIO.—Bueno, pué sí. (*A Carmela.*) ¿Y tú, qué hases levantá a estas hora?

CARMELA.—No estoy levantá: estoy sentá. (*Ríen los tres tan forzadamente como antes.*)

ATANASIO. (*Cuando la risa se ha calmado.*)—Ea: ¿me pueo í, o sigo hasiendo farta pa er pitorreo?

MANUEL.—Na, home; ésto no es más que buen humó, alegría. Siéntese usté un poquito con nosotro.

ATANASIO.—¿Yo? Que se siente Regaera. (*Entra en el corral.*)

ESPERANFA. (*En voz baja.*)—Manué, ¿ve usté a arguien hasia ese lao?

MANUEL.—No. Pero prudensia.

CARMELA. (*Como en rezo.*)—¡De roíya hasta tu artá, Cristo der Gran Podé!

MANUEL. (*En voz más alta y como si continuara la conversación.*)—¡Corrimo aquer día una juerga! Cante, baile... ¡Por debajo la puerta salía er vino! ¡Mi compare Rafaé!...

POLICIA. (*Por el corral.*)—Aquí no ha entrado.

MANUEL.—Lo que le dije: se najó por la parte de atrá.

POLICIA.—No señor. Le digo a usted que aquí no ha entrado. Ahora falta saber si ha entrado ahí.

MANUEL. (*Sin perder la serenidad.*)—¿Aquí? (*Rompiendo a reir.*) No sea usté primo, home. Si yo lo hubiera metío aquí me había sobrao tiempo pa darle larga, mientra usté ha estao ahí.

ESPERANZA. (*Rompe a reir así como Carmela.*)

MANUEL. (*Levantándose.*)—Pase usté.

POLICIA. (*Tras pensar un poco.*)—No hace falta. (*Hace mutis malhumartdo. Carmen deja de reir y mira con ansiedad alejarse al policía. Esperanza sigue riendo y poco a poco su risa va transformándose en llanto hasta estallar en un sollozo. Ambas mujeres se abrazan.*)

MANUEL. (*Que las contempla emocionado, al verlas con intención de entrar en la tienda.*)—Todavía, no.

BROCHERO. (*Por donde se fué.*)—Salú ,señó Manué y compaña.

MANUEL.—¿Qué hay, Brochero?

BROCHERO.—¿Saben ustede si se ha recogío er maestro?

MANUEL.—Creo que no.

BROCHERO.—Me está hasiendo pasá una nochesita de prueba. Por curpa suya me han cacheao ya tres vese.

MANUEL.—Hay mucha policía por er barrio, ¿verdá?

BROCHERO.—La ha habío. Ahora parese que se va retirando.

MANUEL.—A la casa de un pistolero ¿no?

BROCHERO.—Sí, pero creo que se han yevao mico. Por lo que iban hablando dos de eyo, van hasta Viya-Lata a dá una batida.

CARMELA. (*Sin poderse contener.*) ¡Ay, que asierto!

BROCHERO.—En fin. Ví a dá otra güerta a vé si ar maestro se le ocurre vení a su casa. Salú.

MANUEL.—Anda con Dió.

(*Brochero hace mutis.*)

ISIDORO. (*Por la tienda.*)—¡Grasia, señó Manué, muchas grasia!

ESPERANZA.—¡Hijo! ¿Qué has hecho? ¿Quieres matarme de pena?

CARMELA.—Isidoro.

ESPERANZA. (*Cogiéndole ambas manos.*)—¡Por mí! ¡Por esta mosita que tanto te quiere!...

ISIDORO.—No me detenga usté. Me acosan. Tengo que huí.

MANUEL.—En ningún sitio estás ahora más seguro que en éste.

ISIDORO.—Pero yo sé agradasé y a usté no lo comprometo.

CARMELA.—Quédate. Te lo pido.

MANUEL.—Quédate aunque me comprometa. (*Mirando a Esperanza.*) No ere tú sólo esta noche er que se está jugando aquí la carta más importante de su vía.

ESPERANZA.—¿Pero esposible que quiera tú sé asesino?

ISIDORO.—Madre, yo no disparé.

ESPERANZA.—¿Verdá que no?

ISIDORO.—Tuve la suerte de que no pasara por mi lao, le toco al otro, a Ese.

ESPERANZA.—¿Por qué te arrimaste a ese hombre?

ISIDORO.—Qué se yo. Nos conosimo, me prestó dinero, no pude pagárselo, me amenasó. (*Con rabia.*) Se ha hecho el amo de mi voluntá y... Ea, no es de hombre echarle la curpa a nadie. Fuí con é porque he querío.

ESPERANZA.—No; esa hombría equivocá es la que te pierde. Tú no tiene esos istinto.

CARMELA.—Yo no te querría si fueras asín.

ESPERANZA.—Lo oyes: eya no te querría y yo... si llegara a converserme de que no he parío un hijo, sino una fiera ...

ISIDORO.—¡Madre!

ESPERANZA.—Una fiera que me dise, madre, la vergüensa...

ISIDORO.—No diga usté eso.

ESPERANZA.—Mírame a los ojo. ¿Pero es que ese hombre puede en tu voluntá más que nosotro?

ISIDORO.—Es que yo sé haserme un núo en er corasón, y cumplí lo que prometo.

MANUEL.—Pue eso e una cobardía.

ISIDORO.—¡Señó Manué!

MANUEL.—Miedo que le tienes a Ese.

CARMELA.—Huye de é.

MANUEL.—¡Tampoco! Da er pecho como lo dan los hombre. Si ere un esclavo rompe tus caena y si no lo ere y sigue sea verea, no mereses ni una lágrima má.

ISIDORO. (*Casi llorando.*)—¡No pueo! ¡No pueo!

ESPERANZA.—Yo te ayudaré.

ISIDORO.—¡Quite!

ESPERANZA.—Tú no te apartas más de mi vera.

MANUEL. (*Que observa hacia la derecha.*)—¡Adentro.

ISIDORO.—¿Yo?...

MANUEL.—¡Tú, adentro! (*Entran todos en la tienda.*)

PEPE. (*Con Jorgorio por la derecha. A los dos se les nota que han bebido, pero no llegan a estar borrachos.*)—Por eso le digo a usté que yo, en er fondo he sío siempre un hombre de orden.

JORGORIO.—No, si eso se le notaba.

PEPE.—¡Seviya de mi arma, van a acabá con eya!

JORGORIO.—Mientra vivamo usté y yo y er montañé que nos ha despachao, seguirá siendo ésta la tierra de la alegría.

PEPE.—Eso e verdá. Misté, mi padre me contaba que, cuando el año er cólera, no quedaron en Seviya más que dos vesino.

JORGORIO.—¿Entero?

PEPE.—Sí señó; Uno que vivía en Triana y otro en la Macarena. Cuando la epidemia pasó, echaron los dó a andá y vinieron a encontrarse en la Plasa San Fransisco.

JORGORIO.—¡La yantina que armarían!

PEPE.—Ná de eso; Er de Triana se marcó un tanguiyo y er de la Macarena empesó a jalearlo.

JORGORIO.—Espíritu.

PEPE.—Sí señó. (*Mirando hacia la izquierda.*) Oiga usté ¿quién é aqué?

JORGORIO.—Parese Brochero.

PEPE.—¡Er mismo!

JORGORIO.—Que raro que esté por aquí a esta s'hora. ¿Qué hará?

PEPE.—Esperando a que usté se vaya.

JORGORIO.—¿Yo? Ea, pue no quiero estorbarle a nadie.

PEPE. (*Agarrándole por un brazo.*)—¡No!

JORGORIO.—¿Qué pasa?

PEPE.—Que usté duerme cormigo, si no lo toma a má.

JORGORIO.—¡Señó Pepe! No hay rasón pa eso.

PEPE. (*Hablando para sí.*)—¡Ante que sarga er só! ¡Asesino!

JORGORIO.—¿Qué habla usté?

PEPE.—*Na.* (*Como antes*). ¿Que yo no voy a vé er só de mañana?

JORGORIO.—¡Home, que no ha bebío usté tanto!

PEPE.—¿Usté sabe quién é ése?

JORGORIO.—Un ofisiá de barbero.

PEPE.—No señó, un eclirse.

JORGORIO.—Bueno, ande usté a dormí que es lo que le está hasiendo farta.

PEPE. (*Despavorido mirando hacia la derecha.*)—¡Misté! ¡Misté los gestos que está hasiendo!

JORGORIO.—Se comprende. El hombre debe tené por aquí argún apaño y querrá desí que no nos demo por enterao.

PEPE.—¿Pero no comprende usté la seña? (*Hace el ademán de una persona que se está afeitando.*) Quié desí que en cuanto se quede solo, me va a afeitá en seco.

JORGORIO.—¿Por qué?

PEPE.—¡Porque estoy sentensiao, señó Jorgorio! (*Mostrándole el anónimo casi llorando.*) Misté; «Por Júa». ¡Y er Júa es é que quiere perdé a su maestro!

JORGORIO.—¡Un anónimo! ¡Esto será arguna broma!

PEPE.—¡Ca! De la S. P. E. Lo que me extraña e que no trae bisicleta.

JORGORIO. (*Como si tomara una determinación.*)—Bueno, bueno; yo no quiero lío. Yo me voy a mi casa, que aluego to son declarasione.

PEPE.—¿Que me va usté a dejá con ese asesino?

JORGORIO.—¿No ha dicho usté siempre que los pistoleros hasen bien?

PEPE.—También he dicho siempre que en las corría er toro tié rasón y, sin embargo, no soy torero.

BROCHERO. (*Asomando por la izquierda.*)—Bueno. ¡Se acabó! Que yo tengo priesa.

PEPE. (*Desapareciendo por la derecha.*)—¡Sujételo usté, señó Jorgorio.

BROCHERO.—¿Pero qué le pasa a ese hombre?

JORGORIO.—Que por lo visto tié que hasé.

BROCHERO. (*Gritando en la dirección que se ha ido el señor Pepe.*)—¡Maestro, que yo despacho deseguía! ¡Que tengo dos servisio pa por la mañana! (*A Jorgorio.*) ¿Ha bebío?

JORGÁRIO.—Más que yo.

BROCHERO.—Entonse está explicao. ¿Por qué no ha querío usté haserme er favó de peirle mis herramienta?

JORGORIO.—Si me ha contestao que te las tié que da é, pa desirte cuatro cosa.

BROCHERO.—¡Mardita sea! ¡Ese me da a mí esta noche las herramienta por buena o por mala! (*Se va precipitadamente por la derecha.*)

JORGORIO. (*Riendo.*)—¡Cabayero! ¡Me dejo cortá la nué, si no hago ar señó Pepe des *fassio*.

(*Va a hacer mutir por el corral, y queda escondido al oír la voz de ESPERANZA.*)

ESPERANZA. (*Por la tienda, hablando hacia el interior de ésta.*) No, no; ahora descansa tranquilo. Cuando sea de día hablaremo.

JORGORIO.—¡Asuca!

CARMELA. (*Como Esperanza.*) ¡Si tienes que está rendío! Hasta luego.

JORGORIO.—¡Café!

(*Cierran de dentro la puerta de la tienda.*)

CARMELA. (*Reparando en Jorgorio.*)—¡Ay! ¡Mi padre!

JORGORIO. (*Aproximándose a ellas.*)—¿Pero tengo telaraña en lo s'ojo, o ere tú? ¡Tú, que sales de ahí!

ESPERANZA.—Conmigo.

JORGORIO.—¡Con usté, que también sale de ahí!

ESPERANZA.—¿Qué tie eso de particulá?

JORGORIO.—¡De donde vive un hombre solo! ¡Un tío que debe sé Aben Umeya! ¡Y esto de madrugá!

CARMELA.—Padre. ¿Va usté a dudá de nosotra? Eso e una tienda.

JORGORIO.—¿Pero e que se despachan garbanso a esta s'hora?

ESPERANZA.—Señó Jorgorio. Ahí vive un hombre desente y aquí tié usté a dos mujere honrá. Usté debe sabé que las apariensia equivocan muchas vese. Ni tó lo s'hombre fartan al respeto a las mujere, ni toa las mujeres se escapan con er novio.

CARMELA.—¡En er clavo!

ESPERANZA.—Manué no está solo.

JORGORIO.—¿Cómo? ¿Entoavía tié otra má?

ESPERANZA.—Está con mi hijo.

JORGORIO.—¿Con er novio de ésta? ¡Pu peó me lo pone usté!

CARMELA.—¡Padre, que usté no sabe lo que pasa esta noche!

JORGORIO.—¿Qué?

ESPERANZA.—Lo que pase. Oigame usté. Cuando una mujé mira asín de frente, como ésta y yo lo estamo mirando, cuando ni tiembla la vó ni la palabra titubea, cuando se dise con toa e l'arma que no hay pecao, hay que creé. ¿Usté me entiende? Hay que creé.

JORGORIO.—¡Caray, habla usté de un mó que...! Sí, señora, hay que creé. ¿Pero no podría yo enterarme...?

ESPERANZA.—No, esta noche no.

(Entra en el corral.)

JORGORIO.—¿Y tu madre?

CARMELA.—Dormía.

JORGORIO.—Muy dormía tié que está pa no haberte

sentío. Anda, vuerve ar catre, que mañana me va a explicá a mí ese montañé por qué da reunione por la noche.

CARMELA.—Sí, padre. Pero usté me cree, ¿verdá?

JORGÓRIO. (*Mirándola a los ojos.*)—Sí.

LORETO. (*Asomándose en deshabillé y desatentada a la puerta de la vivienda.*)—¡Carmela!

CARMELA. (*Bajo.*)—¡Ay, padre, qué cara!

JORGORIO. (*Idem.*)—¿Pero tú no la habías visto sin lavarse?

LORETO.—¿Me querei explicá qué e esto?

JORGORIO.—Muy bien hecha la pregunta, sí señó.

LORETO. (*Pausa breve.*)—¿Eh?

CARMELA. (*Bajo.*)—Diga usté argo.

JORGORIO. (*Idem.*)—Lo estoy pensando.

LORETO.—¿Se pué sabé que hasei aquí?

JORGORIO.—De tó te entera, mujé, de tó te entera. Tiés er sueño de un ratón. Me acuerdo una noche de resién casao... unos vesino nuestro...

LORETO.—¿Quies explicarte?

CARMELA. (*Bajo.*)—Explíquese, padre.

JORGORIO. (*Idem.*)—¡Pero si no se me ocurre ná!

CARMELA.—Es que mi padre me dijo: Esta madrugá voy a yevarte a...

LORETO.—¿ los toros?

JORGORIO.—Lo has asertao, mira, lo ha asertao. Al ensierro, sí seño. La chiquiya no había visto nunca un ensierro.

LORETO.—Pue ahora lo va a ve, porque va a está dos mese sin salí der cuarto.

JORGORIO.—Mujé, eso es quitarme autoriá. Te lo hemos cayao porque no estuviera intranquila esperándono.

CARMELA.—Por eso, madre.

JORGORIO.—Yo le dije a la niña: Cuando oiga roncá a tu madre...

LORETO.—Yo no ronco.

JORGORIO.—Cuando oigas cantá a tu madre, te

viste; yo te espero abajo, y luego por la mañana se lo desimo.

LORETO.—Y me habei dao er susto número uno, porque no he visto a la niña en la cama y me he pensao que se la habían comío los mosquito. ¡Esto que no ocurra má!

JORGORIO.—No debe ocurrí, no señó.

LORETO.—Desde mañana vas a dormí cormigo.

JORGORIO. (*Asustado.*)—¿A quién le dises?

LORETO.—A la niña.

JORGORIO.—¡Ah, bueno!

LORETO.—Anda, entra.

CARMELA.—Sí, señora.

JORGORIO.—Pero sin enfado, ¿verdá, rubiya?

LORETO.—Que no te se orvíe que de puertas pa dentro mando yo.

JORGORIO.—Eso. Y yo de puertas pa fuera. Adió.

LORETO.—¿Pero entoavía no te recoge, mursiélago?

JORGORIO.—Y si me recojo, ¿quién te va a traé a ti los calentito por la mañana, gloria mía?

LORETO.—¡Asín pesque un reúma que tengan que traerte entre argodones!

JORGORIO.—¡Cómo buscas mi comodidá!

LORETO. (*Entrando en la vivienda con su hija.*)—¡Jelera!

JORGORIO. (*Riendo.*)—¡Uy! ¡Jelera! ¡En er...! (*Comprendiendo que ya no le oye.*) ¡Mar tiro te den en er clavo! ¡Eso de no poderse uno divorsiá por no haberse casao!

PEPE. (*Por la izquierda, precipitadamente y mirando hacia atrás.*)—¡Le di esquinaso!

JORGORIO.—¿Pero lo ha seguío?

PEPE.—¡Media Seviya! ¡Qué ensañamiento, señó Jorgorio de mi arma, y qué friardá de asesino. Echando los bofe detrás mía y gritando: Párese usté, que me se va er tiempo, ¡que por la mañana tengo que

despachá a do! ¡Que haiga estao comiendo er pan de mi casa!

JORGORIO.—¿Y por qué no da usté parte a la polisía?

PEPE.—Cuando se está sentensiao, no le sarva a uno ni el estao de sitio. (*Escuchando.*) No se siente na por ahí, verdá?

JORGORIO.—No.

PEPE.—Pue yo creo que en casa es donde estoy ma seguro. Atranco la ventana de atrá con la cómoda; trinco un verduguiyo, y a ve si sale er só. Entre usté, le convío a una copita de aguardiente.

JORGORIO.—No, que empiesa a clareá y a mí me gusta vorvé a mi casa temprano.

PEPE.—Ar meno, estese usté aquí hasta que yo ensienda la lú.

JORGORIO.—Eso e otra cosa. Y ademá le diré ar sereno lo que pasa.

PEPE. (*Metiendo la llave en la cerradura.*)—No le diga usté ná, que estamo reñío y se va a poné muy contento. Grasia, ¿eh? Muchas grasia.

(*Abre la puerta y lanza un grito al darse de cara con BROCHERO.*)

BROCHERO. (*Que trae un paquetito en la mano.*)—¡Sin lo mío me iba yo a quedá esta noche!

PEPE. (*Abrazándole.*)—¡Brochero e mi arma, que pueo sé un padre de familia!

BROCHERO.—¡Quite usté, home! ¿Está usté loco? He tenío que entrá por la ventana como un ladrón pa no quearme mañana sin comé.

PEPE. (*Sin soltarle.*)—¡Come tó lo que tú quiera, que yo pago! (*Viendo que Brochero quiere desasirse.*) ¡Echeme usté una mano, señó Jorgorio!

JORGORIO. (*Que no se puede tener de risa.*)—Ayá voy.

BROCHERO. (*Rechazándole.*)—¡Suerte! Cuando no se sabe bebé vino, se bebe agua.

(*Hace mutis ligero.*)

PEPE.—¡No me ha tirao! Por si se arrepiente.

(*Entra y cierra. Jorgorio hace mutis, riendo, por el corral.*)

(*Pausa. Suena una capanada en una torre lejana. Esperanza sale del corral con sigilo; se aproxima a la tienda y, pegando el oído a la puerta, escucha un momento, luego vuelve sobre sus pasos y va a entrar por donde salió, cuando la detiene la voz de Manuel, que entreabre la tienda.*)

MANUEL. (*En tono bajo.*)—Se quedó dormío.

ESPERANZA.—¡Menos má!

MANUEL.—Le hise que se echara en mi cama, y hablándole, hablándole...

ESPERANZA.—¿Se ha explicao argo má con usté?

MANUEL.—Poco; e un niño asustao; un niño que quiere presumí de hombre y que tié er való de sabé disimulá su mieo.

ESPERANZA.—Criao a mis farda... Lo ha tenío tó meno el espíritu de un padre que lo hisiera hombre de verdá. ¡Que sarga pronto er só, Virgensita mía, que usté puea acabá su buena obra como la ha empesao!

MANUEL.—Ante de media mañana estará muy lejo de Seviya. Yo no me apartaré de é hasta dejarlo en sitio seguro. Con los cuatro cuarto que tengo, hay bastante pa que no le farte ná por unos mese. Y en ese tiempo, sin la influensia de aquí, de muy mala maera tendría que sé si no cambiara.

ESPERANZA.—¿Cómo pagarle, Manué?

MANUEL.—No me hable usté de pagó, Esperansa. Yo no soy er comersiante que piensa presentá la faztura.

ESPERANZA.—Es que usté no sabe mi agradecimiento. De roíya besaría su mano.

MANUEL.—Yo no quiero agradesimiento ni na; yo no quiero otra cosa que verla a usté libre de esta pesaíya.

ESPERANZA.—Soy egoísta, ya lo sé; pero yo no pueo sentí ahora más que como madre.

MANUEL.—Ni yo espero otra cosa.

ESPERANZA.—¿Pueo yo acordarme de que soy mujè? Misté que greñas; misté qué cara, demacrá por esta lucha; er cuerpo cansino; e l'arma rendía. Una vieja, Manué. ¿Vorveré yo a reí?

MANUEL.—No diga usté eso. Usté e como Seviya. A cachito le van arrancando las gala de su vestío y desnúa está más hermosa. ¿Penas? Nublao de verano. Sevilla vuerve a reí en cuanto la nube pasa. Seguirá teniendo amargura en er fondo, pero de ese mismo fondo naserán los querere acompañao de risa.

ESPERANZA.—¿Cuándo?

MANUEL.—Pronto. Pa usté, como para Seviya, esta e la Semana Santa, la que nos han dao a cambio de la otra. Pero ningún año ha fartao la otra.

ESPERANZA. (*Prestando atención hacia la tienda.*)—¡Caye usté!

MANUEL. (*Escuchando.*)—¡Na! ¡Son dies y nueve año!

ESPERANZA.—¡Cómo estaré, que ni siquiera pienso en lo que puen desí de mí!

MANUEL.—De usté no puen desí má sino que e una márti. Sufrí, trabajá, temé... Ni siquiera er derecho a un nuevo cariño.

ESPERANZA. (*Tendiéndole la mano.*)—Su mano, Manué.

MANUEL.—Sí, descanse un poco; descanse tranquila.

(*Se estrechan la mano, se miran como si fueran a decirse algo y al fin se separan, cada uno aproximándose a su vivienda; al llegar a las entradas respectivas, se detienen para mirarse de nuevo.*)

MANUEL.—Tranquila.

ESPERANZA. (*Animado el semblante por una emoción nueva.*)—Y sepa usté...

MANUEL.—¿Qué?

ESPERANZA. (*Va a seguir hablando, pero vacila, se contiene y agrega, desapareciendo por el corral.*)—¡Cuando sarga er só!

(*Manuel hace un gesto de alegría y entra en la tienda. Pausa. Vuelve el Farolero, apaga el farol y hace mutis. De un convento próximo llegan confusos sonidos de órgano y cantos de monjitas. Alternando y confundiéndose con ellos, se percibe el rasgueo de una guitarra que acompaña una copla en una juerga distante. Todos estos sonidos, muy atenuados, van dejando de oírse poco a poco. Cruza el mismo sereno en sentido inverso de como lo hizo antes. Trae el farol apagado y el sable sobre el hombro. Sigue una pausa breve. Suena en una calle cercana la bocina de un auto, y a poco se reflejan las luces de sus faros sobre la blanca fachada del corral. Con la intensidad de esta luz se dibuja en la improvisada pantalla la figura de ESE. Vuelve a oírse la bocina con insistencia de llamada. Se entreabre la puerta de la tienda y sigilosamente sale de ella ISIDORO, quien, tras dejar entornado, corre en donde se supone que el auto aguarda. Desaparece la luz del faro. La escena queda débilmente iluminada por las primeras claridades del amanecer.*)

TELON

ACTO TERCERO

En el mismo sitio de los anteriores.

Empiezan a iluminar la escena los primeros rayos del sol.—La barbería está cerrada.—La campana de una iglesia próxima da el primer toque de misa. Se oye una voz que pregona:

Voz.—¡Pan de Arcalá! ¡Niña, er panaero!

(Salen del corral dos obreritas con el canastillo del almuerzo al brazo, cruzan la escena y hacen mutis.)

Pepe. *(Abriendo la barbería y plantándose en el centro de la calle con los ojos clavados en el cielo y los brazos y elevados a la altura en un transporte de entusiasmo.)* — ¡Er so! ¡¡Er so!! ¡¡¡Er so!!! *(Como si lo abrazara.)* ¡Qué grande ere! No sé qué tienes, ladrón, que en cuanto le das a uno en la cara, le envalentona. ¿Quién dijo temore estando tú ahí? ¡Si ere er pare de la mansaniya! ¡Er más guapo de los nasío! ¡Er que le surra ar mieo! ¡Er so! ¡Er so!

Vieja. *(Por el corral. Va a misa. Velillo, libro y rosario. Se detiene mirando al señor Pepe con enojo.)* ¡Mahometano! *(Hace mutis refunfuñando por donde quiera.)*

PEPE. (*Reflexionando.*)—¡Qué ridiculese hase uno por la noche!

ATANASIO. (*Por el corral. Con la escobilla larga de blanquear sobre el hombro y la corta colgada de la cintura.*)—Buenos día, señó Pepe. ¡Hoy sí que ha madrugao!

PEPE.—¡Cómo que no se ha dormío!

ATANASIO.—¿Pero es que ha tomao usté en serio lo del anónimo?

PEPE.—¿Y usté se piensa que e un chascarriyo de viaje? ¿No sabe usté que Brochero hasta me forsó una ventana?

ATANASIO.—Porque el hombre quería sus jerramienta.

PEPE. (*Mostrando el anónimo.*)—¿Y ésto?

ATANASIO.—No sea usté cateto. Eso está escrito por señó Jorgorio.

PEPE.—No diga usté tontería, home. ¡Zi zabré yo!...

(*Queda pensativo.*)

ATANASIO.—¡Ah! Bueno; yo no disputo. Hasta después.

PEPE.—Vaya usté con Dió. Y déjese usté de bromita, que ya tié usté cana.

ATANASIO. (*Haciendo mutis.*)—¡Que no disputo!

(*SEÑOR PEPE reflexiona y mira el anónimo.*)

PARROQUIANO. (*Saliendo del corral en dirección a la barberia.*)—Maestro.

(*Tiene el pelo y la barba muy crecidos.*)

PEPE.—¡Hola, Ramón! No es la hora, pero te arreglaré de contrabando. (*Mirándole.*) ¿Qué va a sé, la permanente? (*Entran en la barbería.*)

(*CARMELA sale del corral y llama con los nudillos en la tienda. Tras su hija sale SEÑA LORETO.*)

LORETO.—¿A qué yamas si no es hora de abrí?

CARMELA.—Que s'ha cabao el asúca y ha pedío er desayuno mi padre.

LORETO.—Dile que ahora cuando yo suba se lo daré, que estoy liá con er lavao. ¿No se ha dormío, verdá?

CARMELA.—No, señora. Yo no sé qué tenía la cama que no ha parao de da güerta.

LORETO.—Los pelo de un sepiyo picao. A vé si no durmiendo de día, cae rendío a la noche y empiesa a viví como las persona.

CARMELA.—Pué de oírlo revorverse, yo tampoco he pegao los ojo.

LORETO.—Asín no te dará por vé el ensierro.

CARMELA.—Siga usté lavando, que vi a esperá a vé si abre señó Manué.

LORETO.—No; que se tome tu padre er café sin asúca.

CARMELA.—¡Josú, madre! ¡Tan amargo!

LORETO.—Pónselo jirviendo, verá cómo le parese durse.

ESPERANZA. (*Por el corral.*)—Buenos día. (*Mirando a la tienda.*) ¡Serráo!

LORETO.—¿También a ti te se ha acabao el asúca?

ESPERANZA. (*A Carmela.*)—¿Verdá que ya debía está abierto?

LORETO.—¿Pero abre arguna mañana más temprano?

ESPERANZA.—No sé. (*Golpea reeptidas veces en la puerta de la tienda, y aproximando la boca a la madera, llama.*) ¡Manué! ¡Manué!

(*Sigue golpeando.*)

LORETO.—Se va a despertá asustao.

ESPERANZA.—No es posible que esté durmiendo.

(*Con atención.*)

LORETO.—Me está paresiendo que e argo más que asúca lo que tú buscas ahí.

ESPERANZA.—Lo que sea, señá Loreto.

CARMELA.—Madre, siga usté con er lavao.

LORETO.—No me da la gana.

ESPERANZA. (*Como antes.*)—¡Manué!

LORETO. (*Aproximándose a Esperanza y en tono intencionado.*)—Esta noche no ha dormío Isidoro en tu casa.

CARMELA.—¿Usté qué sabe?

LORETO.—Mejó que tú.

ESPERANZA. (*Con resolución.*)—Bueno, ¿pero qué es lo que quiere usté desí o qué es lo que quiere usté sabé? ¿Que Isidoro no ha dormío en casa? Pué e verdá. ¿Que anoche me se fueron unas palabras y usté las ha recogío? Pue e verdá también.

CARMELA.—¡Esperansa!

ESPERANZA.—Toa la cobardía de anoche me s'ha vuerto ánimo con la lú der só. Mi hijo está en peligro y no es yorando como le pueo sarvá (*A señá Loreto que la escucha asombrada.*) Esta noche se ha recogío ahí, ¿sabe usté? Ahí buscó amparo temiendo por un delito que no pasó de la intensión.

LORETO.—¿Manué?

ESPERANZA.—Le dió acobijo Manué, un hombre... ¡un hombre! Yo los dejé ahí va pa dos hora y esta puerta no se abre. ¿Comprende usté mi ahogo?

LORETO.—¿No lo he de comprendé? ¡Por un hijo!

ESPERANZA.—¡Y por un hombre!

CARMELA.—¡Que la pué oí la gente!

ESPRANZA.—Ya no la temo. Si yo no me hubiera recogío este amanesé en mi casa por mieo a la gente, no temblaría ahora de ansiedá.

LORETO.. (*Golpeando la puerta.*)—¡Señó Manué! ¡Permaso! (*A Esperanza.*) ¿Por qué no te has esplicao ante, mujé? Yo te hubiera acompañao esta noche y no... ¡Pero ese niño te va a matá a dijusto! Y tú que no ties cararte.

ESPERANZA.—Es verdá.

LORETO.—¡Como yo le cogiera por mi banda!... Mira, que no se engría, porque soy capá de dejá a ésta que se case coné, pa ponerle las peras a cuarto.

CARMELA.—¡Eso, madre, eso!

LORETO.—¿De mo que estaba mezclao en lo de anoche?

ESPERANZA.—Lo han engañao. Lo tién asustaíto.

LORETO.—Ese tío der puro, ¿verdá? En cuanto asome por aquí...

JACINTA. (*Por el corral.*)—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

LORETO.—¿Y a usté qué le importa?

JACINTA.—¡Señá Loreto!

LORETO.—Este es un asunto familia y usté no tie por qué meté aquí las narise, por muy abogá que sea.

JACINTA.—¡Josú qué modale!

ESPERANZA.—No ocurre ná, señá Jasinta; asérquese usté.

JACINTA.—¿Yo? Cuando se le pase la mosca a la casera, que s'ha levantao con el histérico. (*Hace mutis por el corral.*)

LORETO.—Bueno, le vale que no tengo tiempo pa reñí. (*A Esperanza que contiene su ansiedad.*) Voy a pedirle la palanqueta a señó Juan el arbañí y vamos a abrí ésto en un desí Jesú.

MANUEL. (*Por la izquierda.*)—No hase farta, señá Loreto; yo traigo la yave.

ESPERANZA.—¿Dónde está Isidoro?

(*Manuel mira a señá Loreto y no se atreve a contestar.*)

CARMELA.—Hable usté.

ESPERANZA.—Hable usté sin reparo.

MANUEL.—No se dónde está Isidoro.

ESPERANZA.—¿Qué ha pasado desde que yo me separé de aquí?

CARMELA.—¡Se escapó!

MANUEL.—Lo dejé que se fuera. Tuve que dejarlo.

ESPERANZA.—¿Es posible? ¿Tan poca fuerza es la de usté que no lo ha podío sujetá hasta que vorviera yo?

LORETO.—Usté é tonto.

MANUEL.—No sé si he hecho bien o mal; me he dejao yevá der corasón que muchas vese asierta. En er muchacho hay más temple der que yo pensaba. Anoche cuando usté se fué, no estaba dormío, lo finjía, yo lo calé: queria escaparse.

LORETO.—Que vió que usté es tonto.

MANUEL.—Ya me he enterao.

LORETO.—¡A mí me la iba ésta a dá!

ESPERANZA. (*A Manuel.*)—¿Y entonse, entonse?...

MANUEL.—Ar converserse de que no se podía salí con la suya, habló con más claridá. ¿Sabe usté por que lo tien cogío? Porque le amenasan con usté.

ESPERANZA.—No lo entiendo.

MANUEL.—Le han jurao que si farta a su compromiso o los vende, se vengarán en usté.

CARMELA.—¿Es posible?

ESPERANZA.—¡Hijo de mi arma!

LORETO.—¡Cobardes!

MANUEL.—Sonó la bosina de un auto, que lo aguardaba y yo ...sentí jondo el arranque y serré los ojo. Vete, le dije; acaba con esa pesaíya por las buena o por las mala. Aquí tienes dinero, pórtate como un hombre.

ESPERANZA.—¿Qué ha hecho usté, Manué?

MANUEL.—Lo que hubiera hecho por mi propio hijo. Se marchó; yo corrí a los sitios donde eyos se reunen; no lo he podío encontrá!

ESPERANZA. (*Con decisión, secándose las lágrimas.*) ¡Pue hay que encontrarlo!

LORETO.—¿Cómo? ¡Ahora mismo! (*A Carmela.*) Vamo a vestí a tu padre y ya está trotando por toa Seviya. Ese es capá de encontrá un arfilé en el río. (*Hace mutis rápido con Carmela por el corral.*)

ESPERANZA.—¡Yo daré con é!

MANUEL.—Usté quieta.

ESPERANZA.—¡No!

MANUEL.—Por er bien der chiquiyo, quieta. Déjeme usté, si he hecho má, que ermiende mi equivocación.

ESPERANZA.—¡Yo no hubiera creío nunca que usté lo dejara í solo!

MANUEL.—¿Piensa usté que fué mieo?

ESPERANZA.—No, eso no... Pero, ar fin y ar cabo, ¿quién e pa usté Isidoro? Usté ha hecho más de lo que debe. Usté...

MANUEL.—Siga usté, Esperanza. ¿Quién mejó que yo pa recogé un poquito de esa amargura que se le sale por la boca? ¿Acaso si fuera alegría no me daría también a probá de eya?

ESPERANZA.—No he querido ofenderle.

MANUEL.—Si no me ofende. ¿Que quién e Isidoro pa mí? Una mirá de usté, una palabra suya, un pañuelo que usté haya tenío en sus mano o una fló que haya yevao en su pecho son pa mi respiros de vía. ¡Qué será su hijo!

ESPERANZA.—Usté solo habla como enamorao.

MANUEL.—Y usté sólo como madre. Si yo acompaño anoche a Isidoro, lo hubiera comprometío. *Ese* y los que van con *Ese*, tien más rasón que yo pa viví temblando.

ESPERANZA. (*Cogiéndole las manos.*)—Manué, yo no he dudao ni de su cariño ni de su hombría. Discúrpeme usté. ¡Es tanto lo que estoy sufriendo!

MANUEL.—¡Esperansa!

ESPERANZA.—Esta madrugá, esperando que er día viniera, sentí en medio de mi desgrasia, la carisia de unas ilusione. Yo porfiaba queriéndola echá fuera de la cabesa como malos pensamiento. ¡Ilusione ahora! ¡Y eyas empeñás en floresé! ¡Mi hijo!—quería yo pensá—¡Y Manué¡—me desía muy bajito una vo. ¿Usté me entiende? Entre despierta y dormía, en el agobio der cansansio, me sentía yo como una mata de jasmine azotá por la tormenta: oscuriá, graniso ...y las flo-

re abriendo. ¡Isidoro! La noche pasa. ¡Manué! ¡Cuando sarga er só! (*Se contemplan un momento.*)

VECINA. (*Con ligereza por el corral.*)—Señó Manué: dos gorda de café, tres chica de asúca, una gorda de manteca colorá. ¡Josú! ¿Pero qué hase usté que no abre?

MANUEL. (*Contento.*)—Hoy no se despacha.

VECINA.—¿Por qué?

MANUEL.—Porque es día de fiesta.

VECINA.—¿Qué fiesta?

MANUEL.—Una que la han hecho na más que pa mí.

ESPERANZA.—No sea usté niño.

MANUEL.—Er montañé de ar lao roba meno que yo. Ea: lárgate.

VECINA. (*Haciendo mutis derecha.*)—¡Cuando usté lo dise.

MANUEL.—A casa, Esperansa; a casa que yo no vuervo sin é.

ESPERANZA.—¡Manué, por Dió!

MANUEL.—No tema usté por er chiquiyo. O se lo traigo o no vuervo.

ESPERANZA. (*Dirigiéndose al corral.*)—¡Qué Dió le dé suerte!

MANUEL.—Me la dará, si usté se lo píe.

ESPERANZA.—Y de toas manera... vuerva usté. (*Hace mutis por la vivienda al mismo tiempo que Manuel por la izquierda.*)

PARROQUIANO. (*Saliendo de la barbería arreglado y seguido de señor Pepe.*)—Cuando trabaje le pagaré.

PEPE.—Lo contrario de lo que ví a hasé yo cuando vuervas.

PARROQUIANO.—¿Qué?

PEPE.—Que cuando me pagues trabajaré.

PARROQUIANO.—Está Seviya muy pobre, señó Pepe.

PEPE.—¿Quiés cayá? ¿Pobre Seviya y es la única ciudá que tiene duros propio!

PARROQUIANO.—Señó Pepe, uno quisiera...

PEPE.—No te discurpes, que está vista la buena voluntá; tú has venío a sostarte er pelo. Ea, salú.

PARROQUIANO.—Y grasia. (*Se va por donde quiera.*)

PEPE.—Y grasia que arguno se traen er jabón, que si no, yo y er sastre der Campiyo, gemelo.

JORGORIO. (*Por el corral.*)—¿Pero ya está usté en planta.

PEPE.—Y usté.

JORGORIO.—A mí es que me han plantao. Me ha dao la familia un encargo muy urgente y vía vé si lo despacho. ¡Ay, ya me se empesaba a enfría el ruma!

PEPE. (*Que lo observa con recelo.*)—Oiga usté, señó Jorgorio; yo tengo que comprá una cosa en la ferretería... ¿No tié usté argún amigo en El candao?

JORGORIO.—No señó. Ea, hasta luego.

PEPE.—Espere usté, home.

JORGORIO.—Que tengo priesa.

PEPE. (*Con las de un miura.*)—Me va usté a hasé er favó de ponerme un sobre que ví a echá una carta.

JORGORIO.—¿Yo? ¿Que yo le ponga a usté un sobre? ¡Si no yo no sé escribí!

PEPE.—¿No?

JORGORIO.—No señó. Yo estuve en un colegio ande no enseñaban la escritura.

PEPE.—¿Qué enseñaban entonse?

JORGORIO.—*Taquigrafía* na má. Ea, condió. (*Hace mutis. Señor Pepe saca el anónimo, lo mira y reflexiona.*)

JACINTA. (*Por el corral con el mismo envoltorio al brazo con que la vimos llegar en el acto primero.*)—Bueno día, señó Pepe.

PEPE.—Ahora sí.

JACINTA.—¿Cómo?

PEPE.—Que ahora que ha salío usté de su casa, son pero que muy buenos día.

JACINTA.—Eso no, porque pué yové.

PEPE.—Y seguirán siendo bueno, porque yoverá agua de colonia.

JACINTA.—Grasia. ¿Qué le ha pasao a usté de anoche aquí que está mucho más fino y hasta más esponjao?

PEPE.—Reflersione. Me se nota, ¿verdá?

JACINTA.—Ya lo creo. A usté le pasa lo que a los garbanso en remojo, que ganan con la noche.

PEPE.—¿A trabajá?

JACINTA.—Sí señó. A vé si cobro argo de lo que me deben. ¡Si viera usté cómo está er negosio!

PEPE.—Dígamelo usté a mí.

JACINTA.—¿A que no sabe usté quién está vendiendo el ajuá de boa?

PEPE.—Una que quié divorsiarse.

JACINTOA.—Na de divorsio; apuros. La hija de don Carlo Perale. Ya ve usté; heredó un cortijo, una fábrica tela... qué sé yo. Ahora tié que vendé la camisa pa viví.

PEPE.—Está bien: ya era tiempo de que er dinero cambiara de mano.

JACINTA.—Si es que nadie tié dinero pa comprá esa camisa. ¿Dónde está er dinero?

PEPE.—En mi casa, no.

JACINTA.—Una que anda con trapicheo por ahí sabe cómo está er cotarro. ¡Con estos campos, con este sielo! Nos está pasando lo que ar Faraón cuando la época romántica de las siete vaca ética. ¡Claro que usté pensará que to se arregla con bomba y pistolero.

PEPE.—¡No señora! Eso era ayé.

JACINTA.—Naturarmente: como que el arreglo es otro.

PEPE.—¿Cuá?

JACINTA.—Vera usté: Seviya está ahora como esas familia ande los hermano se han peleao. La mesa está puesta, pero nadie come. Andan por el aire los cacharro: la madre, yora, la madre lo sufre tó.

PEPE.—¿Y er padre?

JACINTA.—Está en Madrí. Pero de pronto los mosito sienten que le yega mu hondo er yanto de la madre.

por eya perdonan, por eya orvían, se dan un abraso y a comé.

PEPE.—Y er padre vuerve.

JACINTA.—Er padre, er que está en Madrí, escribe mandando dinero, que esa e su obligasión.

PEPE.—Bueno, si le parese a usté, vamo a dejarno de fantasía, que yo tengo que desirle argo má serio.

JACINTA.—¿Má serio?

PEPE.—Si señora, yo estoy desde hase argún tiempo preocupao, de mal humó, temblón er purso, que lo notan los parroquiano... ¡Yo no sé que e ésto!

JACINTA.—Cosas de las *sédula* nerviosa.

PEPE.—De la sédula o der padrón, er caso e que no vivo, señá Jasinta. ¿Me comprende usté?

JACINTA.—Argo. Pero eso se va uno a la consurta e l'hospitá, le reconosen...

PEPE.—¡Qué no! La medisina que a mí me cura, no me la pué resetá er méico.

JACINTA.—¡Er veterinario!

PEPE.—¡Señá Jasinta no me sajiera usté con indirerta, que e usté la que tié la curpa de lo que a mí me pasa!

JACINTA.—¡Ah! Bueno. ¿Pero e que esto e una declarasión?

PEPE.—Sí señora.

JACINTA.—¿Asín de gorpe? ¿Sin aviso?

PEPE.—Home, no querrá usté que le pasee la caye.

JACINTA.—¡Josú, Josú; en que apuro me pone usté!

PEPE.—¿Por qué rasón?

JACINTA.—Porque como a mí me se murió mi mare, pué no tengo ahora con quien consurtarlo.

PEPE.—¡Señá Jasinta!

JASINTA.—¡Vamos, home, pensá en cosas de boa, con la edá que tenemo, en Seviya y con lo caro que están los chícharo?

LORETO. (*Por el corral.*)—¿Qué? ¿Qué pasa?

JACINTA.—¿Y a usté que le importa? Esta son cues-

tione de familia y usté no mete aquí las narises por muy casera que sea. (*Inicia el mutis.*)

LORETO.—Espere usté, que le ví a contestá.

JACINTA.—Contéstele usté a señó Pepe y a vé si se arreglan, que este no tié reuma. (*Hace mutis riendo.*)

LORETO.—¿Pero qué dise esa casa de empeño a pié?

PEPE.—Ná: que saca usté er corasón en mitá la caye y juegan con é, como si fuera un sombrero viejo.

LORETO.—¿Son verso, señó Pepe?

PEPE.—Son calabasa. ¡Ydisen que la curtura ablanda lo sentimiento!

ESPERANZA. (*Por el corral con Carmela.*)—Cuando usté quiera, señá Loreto.

CARMELA.—A priesa, que la s'hora se van.

ESPERANZA.—La s'horas y el espíritu.

LORETO. (*Buscando un papel en el bolsillo.*)—Espérate que vea la apuntasión que me ha daò. Er dijo que mientra recorría Viya Lata, nosotra podríamo mirá (*Leyendo el papel.*) Corrá de la s'ánima de San Berñardo. (*Deletreando.*) y serveseria de la La Crú der Campo. ¡Tié una letra tan difísi tu padre!

PEPE. (*Aproximándose a ellas nervioso.*)—¿Eso lo ha escrito señó Jorgorio?

LORETO.—Sí señó.

PEPE.—¿Pero tié la poca vergüensa de sabé escribí?

LORETO.—¡Oiga usté! ¿Qué tié que vé la escritura con la vergüensa?

PEPE. (*Arrebatándole el apunte.*)—Haga usté er favó. (*Lo confronta con el anónimo.*)—¡La misma! ¡Los mismo rabo, las misma torseura... ¡Ay su sangre torera!

CARMELA.—¿Pero quié usté esplicarse?

PEPE.—No.

(*Le devuelve la apuntación.*)

LORETO.—¿Cómo qué no?

ESPERANZA.—Señá Loreto, no nos entretengamo.

CARMELA.—Vamo, madre.

LORETO.—Le vale a usté que hay priesa. Pero a la vuerta se va usté a esplicá.

(*Se van por la derecha.*)

PEPE. (*Furioso.*)—¡Me ví a esplicá delante er jué! Porque ese tío... (*Reflexionando.*) ¡Carma, Pepe! ¡Carma y mala intensión!

BROCHERO. (*Asomando a la izquierda.*)—Maestro.

PEPE.—¡Brochero!

BROCHERO.—¿Me pueo asercá o va usté a corré?

PEPE.—Asércate que ya me se ha pasao el mal humó.

BROCHERO. (*Aproximándose.*)—¡Cabayero que tajá cogió usté anoche!

PEPE.—No era mala. Por eso me puse asín tan raro. Me dió por creé que te iba a matá y ya viste lo que hise por vensé la tentasión. Eso tié su mérito, Brochero.

BROCHERO.—Sí, señó; hay que reconosé que sabe usté huí de los malo pensamiento.

PEPE. (*Tendiéndole la mano.*)—Pero tó se pasó; aquí no hay más que un amigo.

BROCHERO.—Y aquí un ofisiá que trabaja muy agusto con usté.

PEPE.—Grasia, home. Yo te diría que esta es tu casa, pero ya sabe cómo va er negosio.

BROCHERO.—Es verdá.

PEPE.—Ahora el afeitarse es un lujo y los hay que no se pelan hasta que se meten con eyos. Si quié seguí pasando hambre, aquí ties donde no ganá er pan. Si te conviene...

BROCHERO.—Sí, señó.

PEPE.—Pué seguiremo ar mismo tanto por dié, porque a siento no hemos yegao nunca.

BROCHERO.—Me conviene. Y le ví a usté a sé franco; es que en esta caye vive una mosita que a mí me interesa. Desde aquí la vigilo. Estoy a su lao como quien dise y... ya sabe usté.

PEPE.—E una rasón.

BROCHERO.—Pué voy a yegarme por las jerramienta. ¿Un abraso, maestro?

PEPE.—Con toa e l'arma.

(Al abrazarle le da un beso.)

BROCHERO.—¿Qué hase usté?

PEPE.—Una ternesa. ¡Pensá que te podía habé matao anoche! ¡Lo que vuela la imaginasión!

BROCHERO. *(Haciendo mutis.)*—¡Y lo que corren los pié!

PEPE. *(Entrando en la barbería.)*—¡Con la cara de infelí que tiene!

JORGORIO. *(Con Manuel e Isidoro, por el fondo izquierda.)*—E usté grande, señó Manué. Lo que usté ha hecho en la taberna de Curro e de esas cosa que se ven en er sine y se aplauden.

MANUEL.—Suerte de yegá a tiempo.

JORGORIO.—Y con agaya. Cuando usté asomó, yo veía er pleito de este muy mal parao.

ISIDORO.—Creo que hemo hecho má, señó Manué.

MANUEL.—Eso lo veremo. *(Dirigiéndose al corral.)* Anda, entra.

JORGORIO.—Tu madre no está y mi gente tampoco. Las dejé prepará pa salí detrá mía. *(Riendo.)* ¡Josú, señó Manué, qué cara pusieron aqueyos tré cuando lo vieron a usté entrá y encañonarlo!

MANUEL.—No siempre una una pistola va a serví pa cosas mala.

JORGORIO.—Yo hasía u nratiyo que estaba ayí, oyendo la disputa de éste sin atreverme a desí ná, y con las tripa negra.

MANUEL.—Sí; usté no morirá de corná de burro.

JORGORIO.—¿Y qué quié usté que haga un hombre con reuma?

MANUEL. *(A Isidoro.)*—Alegra esa cara. ¿Es que entoavía te dura er mieo?

ISIDORO.—No temo por mí, usté lo sabe.

MANUEL.—Ni por tu madre, tampoco. No es lo mismo amenasá que cumplí.

ISIDORO.—Esos no puen conformase con lo que ha pasao. Usté les ha cogío la vé, pero esos no van de frente.

MANUEL.—Pué que reclamen, que aquí estamo pa atenderlo.

JORGORIO.—Ahora mismo voy yo a vé a don Braulio, el ispectó.

MANUEL.—Usté no va a vé a nadie.

JORGORIO.—Si es pa curarme en salú, por si acaso.

MANUEL.—Que nó le digo. Lo que ha pasao, no sale de entre nosotro.

JORGORIO.—Pué eso a mí no me hase grasia y misté que yo me río de tó.

MANUEL. (*Abriendo la tienda.*)—Mientras vuerve tu madre, vamo a tomá una copita.

JORGORIO.—No está má la idea.

MANUEL. (*A Isidoro.*)—¡Animo, niño! ¿Pero no vés qué día más hermoso?

(*Entran en la tienda MANUEL e ISIDORO. Al ir a hacerlo JORGORIO, se detiene, llamado por SEÑOR PEPE, que sale de la barbería.*)

PEPE.—Señó Jorgorio.

JORGORIO.—¿Qué pasa?

PEPE.—Eso digo yo. ¿Qué pasa que desde anoche casi no quiere usté hablá cormigo?

JORGORIO.—No le extrañe a usté, estoy metío en una obra humanitaria y me farta er tiempo.

PEPE.—¿Se ha brindao usté pa la *trasfugasión* de la sangre?

JORGORIO.—La mía no sirve.

PEPE.—¿Tié usté asuca?

JORGORIO.—¿Yo? Ni en er desayuno. Es por el reuma.

PEPE.—¡Ya! ¿Un pitiyo?

JORGORIO.—Grasia.

PEPE. (*Observándole.*)—Está usté muy descuidao. ¿Por qué no se afeita usté?

JORGORIO. (*Mirándole con escama.*)—Er sábado.

PEPE.—Ahora. Entre usté que le ví a dá un repaso.

JORGORIO.—No, señó; me pienso comprá una maquiniya.

PEPE.—¡Home, que yo tengo derecho a viví!

JORGORIO.—Y yo.

PEPE.—Entre usté; si enseguía le dejo listo.

JORGORIO.—Que no me hase clase.

PEPE.—Es que no tengo ná qué hasé y me aburro.

JORGORIO.—Afeite usté ar gato.

PEPE. (*Estallando al fin.*)—Señó Jorgorio, e usté el reumático de meno vergüensa que he tratao en mi vía.

JORGORIO.—¿Yo? ¿Ya qué vienen esa indirerta?

PEPE.—A que le ví a dá a usté una gofetá que va a paresé una ovasión.

JORGORIO. (*Como si le llamaran del interior de la tienda.*)—¡Voy!

(*Hace mutis rápido por dicho lado.*)

PEPE.—Espere usté, so bromista.

BROCHERO. (*Con Señá Jacinta, por donde se fué. Vienen amartelados.*)—Tú no tiés que preocuparte de na.

JACINTA.—Es que cuando sargo de casa me gusta verte en la puerta.

BROCHERO.—Por eso ví a trabajá ahí, moreniya.

PEPE. (*Que se ha quedado de una pieza.*)—¿Qué tú vas a trabajá aquí?

BROCHERO.—En eso hemo quedao, maestro.

PEPE.—Tú vas a trabaja en la Piroternia.

BROCHERO.—¡Cómo! ¿Se güerve usté atrá?

JACINTA.—No le hagas caso, que e un envidioso.

PEPE.—¿Y pa esto le ha servío a usté leé tanto, so sabijonda?

JACINTA.—Sí, señó.

PEPE.—¿Fa echarse este novio?

JACINTA.—¿Qué le farta?

PEPE.—Eso usté lo sabrá que lo habrá registrao.

JACINTA.—He venío con é pa que se dé usté cuenta de que tengo ya mi futuro y no me suerte usté otra declarasionsita, que cuando se ama como yo, hasta la brisa ofende.

BROCHERO.—¡Ah! ¿Pero e que usté?...

PEPE.—Yo he teíno en esta vía dos equivocasione: (*A Brochero*) una fué anoche, contigo, y otra, er no habé visto que esta mujé es más cursi que una losión de violeta.

BROCHERO.—¡Maestro, que me ví a buscá un dijusto!

PEPE.—Eso en cuantò te case.

JACINTA. (*Tirando del brazo de Brochero.*)—Anda, déjalo. ¿Pero no te da cuenta de que e *inresponsable*? Fíjate en lo s'ojo; miá qué forma de cabesa. Harte cargo; e un caso químico.

(*Se dirigen al corral.*)

PEPE.—¡Mentira! Ni usté sabe lo que e química, ni usté ha leído má que la s'hoja de los armanaque. ¡Fantesiosa!

BROCHERO. (*Amenazador y haciendo mutis.*)—Ya nos veremo, maestro.

PEPE.—Como esta noche te cuele por la ventana, vas a salí por er tejao.

ATANASIO. (*Por donde se fué, con las correspondientes escobillas.*)—¿Qué pasa, señó Pepe?

PEPE.—Que yevo una mañánita como la nochesita.

ATANASIO.—Pué yo estoy estudiando las nueva base de trabajo pa los encalaores; una hora por la mañana y descanso.

PEPE.—Hasta er día siguiente.

ATANASIO.—Hasta la semana prósima. Bueno está er trabajo. A la gente le da lo mismo que las padere estén blanca que negra. Habla usté de blanqueá una

fachá y le contestan que eso e darle papé a lo chavale pa que pinten.

PEPE.—Y tien rasón, que los hay que aprenden dibujo en la fachá der vesino.

ATANASIO.—¿Y usté que tar de faena?

PEPE.—No me pueo quejá.

ATANASIO.—¿Hay parroquia?

PEPE.—No; es que después de oirlo a usté, ¿pa qué vi a quejarme?

ATANASIO.—Pué en vista de eso, ví a sortá la s'arma y nos echaremo un tutesito. ¿Le parese?

PEPE.—Bueno. Pero le arvierto a usté que estoy de una conformidá, que le canto las cuarenta a mi padre.

(SEÑOR ATANASIO ríe y entra en el corral. SEÑOR PEPE hace mutis por la barbería.)

LORETO. *(Con Esperanza y Carmela, por donde se fueron.)*—Sí, hija, sí; una sentaíta y aluego seguiremo.

CARMELA.—Pero madre, si no hemo andao pa cansarno.

LORETO.—Cáyate, que yo doy ahora por una siya lo que vale una arcoba.

(Se dirigen al corral.)

ESPERANZA.—Yo sigo.

CARMELA.—Y yo con usté.

ISIDORO. *(Por la tienda, seguido de Manuel y Jorgorio.)*—¡Madre!

ESPERANZA.—¡Isidoro!

(Se abrazan.)

LORETO.—¡Digo! Si seguimo buscando, le damo la güerta ar mundo.

ISIDORO.—Carmela.

(Mira a SEÑA LORETO y no se atreve a decir más.)

CARMELA. (*A señá Loreto.*)—¿Me deja usté que le conteste, madre?

LORETO.—Sí; pero por telegrama.

CARMELA.—¡Isidoro!

(*Quiere decir más y tampoco se atreve.*)

LORETO.—Sigue, que te has quedao en la diresión.

CARMELA.—¿Pa siempre?

ISIDORO.—Sí.

ESPERANZA.—Muchas grasia, Manué.

MANUEL.—No he hecho más que cumplir mi palabra.

JORGORIO.—Como yo. Prometí que lo traía y aquí está.

LORETO.—¡Qué vas tú a traé, fantesioso, si hay que traerte a ti!

ESPERANZA. (*A Isidoro.*)—Y ahora a orviarte de lo que ha amargao tu vida, a no pensá más que en estos dó cariño.

MANUEL.—A sé un hombre.

LORETO.—Er día que trabajes, pondré una siya más en esa puerta. Ya me entiendes.

ISIDORO. (*Que mira hacia el fondo izquierda, dando muestras de nerviosidad.*)—Quite usté, madre. (*Se coloca ante ella.*) Entre usté en casa.

ESPERANZA.—¿Por qué?

MANUEL. (*Mirando en la misma dirección.*)—Sí; entre usté. Y tú con ella.

ISIDORO.—¡No!

CARMELA.—¿Qué pasa?

JORGORIO. (*Dándose cuenta.*)— ¡Josú!

(*Asoman por donde se indica. ESE, y dándole escolta dos muchachitos sevillanos, tipos de obreros, que van a situarse cada uno en una esquina, guardándole las espaldas al jefe, en actitud espectante, y con la mano derecha*

en el bolsillo, en que llevan la pistola. ESE avanza unos pasos en dirección al grupo y se detiene mirando con fijeza a ISIDORO.)

ESPERANZA.—¡¡Ese!!

MANUEL. (*Adelantándose.*)—Viene a hablá cormigo.

ISIDORO.—No. Cormigo.

ESPERANZA. (*Tirando hacia atrás de ellos y colocándose delante.*)— Es cormigo con quién tié que hablá.

MANUEL.—¡Esperansa!

ESPERANZA.—Si me quita usté ese derecho, no le miro más a la cara. (*Encarándose con Ese.*) ¿Qué quiere usté aquí?

ESE. (*Con lijero acento extranjero.*)—Busco a un hombre, no a una mujer.

ESPERANFA.—¡A mi hijo! ¿Y usté sabe lo que hase farta pa arrancarlo de mis braso?

ISIDORO. (*Intentando adelantarse.*)—Madre, soy yo quien debe desí...

(MANUEL detiene por un brazo a ISIDORO.)

ESPERANZA.—¡Caya! (*A Ese con calma insospechada.*) Grasia a Dió que sé cómo e usté. Ar fin le veo la cara a la lú der día. Yo yegué a pensá que era usté una sombra y que por eso no tenía corasón. Míreme usté bien. Yo soy la que usté ha prometío matá si su hijo no cumplía su palabra. (*Con arrebato.*) ¡No la cumple! ¡No lo parí yo pa eso! (*Volviendo a su calma.*) ¿Qué aguarda usté? Dispare. ¿Tié usté mieo a los que me arrodean? (*A un gesto de Ese.*) No. Ya sé que no. Pero no es lo mismo dispará sobre un hombre, que mira frente a frente a lo s'ojo de una madre.

ESE.—Vengo a que se me cumpla una palabra.

ESPERANZA.—Palabras de chiquiyos alusinao que no supieron lo que desían, que no se acordaron al darla de que detrás de eyo quedaba su gente yorando. Como

esos que le defienden a usté. ¿Saben eyos por qué lo hasen? Se habló de valentía y eyos dijeron: ¡nosotros! Oyeron desí: ¡Hay que venga la pobresa!, y... siendo la rasón de nuestro abandono tan grande, no han tenío en cuenta que no es bastante rasón pa echá sobre la pobresa la carga de otros dolore; pa orviarse de los que tanto los quieren; pa manchá de sangre las caye seviyana. (*Dirigiéndose a ellos.*) ¡Tirá, tirá sobre vuestras madre, sobre vuestros hermano! ¡Asín harei de Seviya un sementerio!

(*Los dos obreros acompañantes, a medida que habla ESPERANZA, van expresando con su actitud el efecto que estas palabras les hace; sacan la mano del bolsillo, inclinan la cabeza y desaparecen. A la puerta de la barbería asoma SEÑOR PEPE; a la del corral, JACINTA; SEÑOR ATANASIO y otros vecinos.*)

ESE.—Antes que nada es la idea.

ESPERANZA.—La idea, sí; la pistola, no. La idea respeta la vía porque lucha por eya. Asín e como yo la entiendo, y pa esa idea doy yo mi corasón y mi hijo. Pero pas, orvío. Esta no es tierra de odio, sino de pas y perdón. Si aquí nase una pena y enseguía la cantamo pa que se vuerva alegría. ¿Pero usté cree que se pué sé pistolero a la lú de este só? Váyase usté de Seviya si no ha aprendio a quererla, váyase usté y ojalá er corasón lo guíe hasia uno s'ojo que yoren esperándole.

(*ESE inicia el mutis.*)

MANUEL.—¡Asín habla una mujé!

PEPE.—¡Asín habla una madre!

ESPERANZA.—¡Asín habla Seviya!

T E L O N

Obras de Luis F. de Sevilla

El número 13, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Modus vivendi, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
El mago prodigioso, juguete cómico en un acto (En colaboración.)
Reloj, barómetro y fonógrafo, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Cerote y compañía, juguete cómico en un acto.
Los noviazgos, juguete cómico en un acto. (En colaboración)
La Samaritana, comedia en tres actos. (En colaboración.)
El genio del león, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música de Rafael Millán.
El nuevo presidente, fantasía lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Faixá.
La mano que atosiga, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Millán (R.).
El país del oro, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Emilio Acevedo.
¡*Ya escampa*!, entremés. (En colaboración.)
La vaquerita, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Rosillo.
Juanilla la perchelera, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Alonso (F.).
Los cigarrales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Eduardo Granados.
Hotel retiro, humorada en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Navarro y Tadeo.
La prisionera, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Serrano y Balaguer.
La serrana, comedia lírica en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Santiago Sabina.
Los peliculeros, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La del Soto del Parral, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Soutullo y Vert.
La capitana, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y E. Brú.

La mejor del puerto, sainete en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Alonso.

Guzlares, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Morató.

Al dorarse las espigas, zarzuela en dos cuadros y en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.

El maestro campanillas, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.

Los chalanes, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Morató.

La guitarra, sainete en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Fuentes y Navarro.

Los claveles, sainete en un acto. (En colaboración.) Música de maestro José Serrano.

Los naranjales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.

Los marqueses de Matute, comedia en tres actos. (En colaboración.)

Paca la telefonista, o el poder está en la vista, sainete en dos actos. (En colaboración). Música del maestro E. Daniel.

Lo mejor de Madrid, comedia en tres actos. (En colaboración.)

La ley seca, revista en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.

¡Esta noche me emborracho!, comedia en tres actos. (En colaboración.)

La cautiva, zarzuela en tres actos. (En colaboración.) Música del maestro Jesús Guridi.

En tierra extraña, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro E. Daniel.

Bonita y coqueta, sainete en un acto. Música de los maestros Cayo Vela y José Sama.

Cock-tail de amor, revista en dos actos. Música de los maestros Benlloch y Soriano.

Seis meses y un día, comedia asainetada en tres actos.

Carracuca, comedia asainetada en tres actos y epílogo, en prosa.

La Chascarrillera, comedia en tres actos.

Mi querido enemigo, comedia en tres actos.

Las ermitas, comedia en tres actos. (En colaboración.)

Precio: 1,50 pta